



CENIZAS

DAMIÁN COMAS

XIX Premio de Letras
Hispánicas de la Universidad
de Sevilla

DEBOLSILLO

DAMIÁN COMAS

Cenizas

DEBOLSILLO

Al lector

Debemos temblar cada vez que alguien se apasiona por el hombre con H mayúscula, por esa abstracción llamada Humanidad, por la que pueden ser capaces de guillotinar o torturar multitudes enteras. Basta pensar en Robespierre o en Stalin. En el fondo no aman a nadie, son mortales enemigos del hombre concreto (el único que existe) en la medida, precisamente, en que aman una abstracción.

ERNESTO SABATO

I

La selva tucumana despierta con los gritos de un mono araguato. Bajo los árboles, perdida entre kilómetros y kilómetros de vegetación, se escucha la tos de un hombre que camina descalzo, con un sabor tan agrio en la sangre que los zancudos ya no pululan a su alrededor.

No porta palabras; durante años ha estado en la soledad absoluta, repleto de sus propios pensamientos, del color verde y del sonido de las aves, la lluvia, la agitación de las hojas y algún que otro animal terrestre: grillos, simios, lagartos.

Camina grandes distancias, deja que los días transcurran, y durante las horas de sol intenso, se esconde bajo los árboles y duerme. Cuando cae la noche, cruza esta selva baja sin luz. La naturaleza es suya. Sabe que ni siquiera el primer ser se sintió tan de ella como él, aunque también reconoce que ella es cruel y él, solo y enfermo, en la yunga, ya no tiene futuro; no puede cargar troncos ni trepar árboles ni soportar el frío ni el hambre como antes.

Desde una colina, observa el paisaje y trata de identificar su ubicación. Ha olvidado el camino por el que un día llegó. Alcanza a ver una línea gris entre la espesura del verde y nota el tenue movimiento de un tráiler plateado en esa carretera. Sin oír a la inmensa máquina por la distancia que hay entre ambos, se queda tieso, con un dolor que lo recorre del estómago a la cabeza, con el pesar de un mundo paralelo que se inmiscuye en el suyo. Minutos después, reconoce que si camina hacia esa línea de asfalto y la toma en cualquier dirección, llegará tarde o temprano a una zona urbana.

*

Por séptima vez, cae la noche negra, cálida, silenciosa. Las moscas lo siguen como a un buey que anda entre los cerros. Recorre una larga extensión

de terreno. Se encuentra con un montón de luciérnagas y, de pronto, un primer farol con el zumbido de la bombilla se apropia del paisaje. El hombre se detiene por varios minutos y recuerda que ha olvidado la palabra «luz»; que de ver a alguien no será fácil pronunciar un saludo ni formular una pregunta, ni siquiera decir su nombre: «Jorge», y sabe que alguien como él — sin dinero, barbado, sucio— representa para los otros lo mismo que un animal.

Encandilado, da unos pasos hacia el frente y bajo la planta de sus pies siente la dureza y el calor del asfalto. Sobre la carretera solitaria avanza otros cuatro kilómetros que le resultan ajenos ante la planicie del camino, y por fin vislumbra las luces de un pueblo de chozas. Afuera de una vivienda, tres viejos toman mate y un niño revuelve el agua y la yerba, colocando un toque de azúcar cada vez que los viejos comparten la bebida humeante. El hombre se acerca despacio y les sonríe con falsedad. Los ancianos ni se inmutan: saben de muchos misántropos aislados en la naturaleza. Balbuceando, como un gorila, entre sus largas barbas y cabellos, con el rostro quemado y maltratado, les pregunta:

—¿Dónde estoy?

Los viejos se ríen, el niño no entiende cuál es la gracia pero también ríe y se da una fuerte cachetada para matar al mosquito que lo pica. Desconcertado, el hombre tampoco recuerda la risa. Ve a los tres ancianos y al niño del mismo modo en que podría estar observando a un grupo de pájaros sobre un árbol. Uno de los viejos contesta:

—Este es el pueblo de Balladares, Tucumán. ¿A dónde quiere llegar?

—Capital.

Nuevamente los viejos se tiran a reír.

—¡Che! Este está más perdido que un político honesto —dice uno de ellos entre las carcajadas que aumentan.

El hombre no entiende la situación. Lentamente las risas terminan y todos presencian el silencio de la noche por unos segundos, hasta que uno de los ancianos lo interrumpe:

—¿Piensa cruzar el país a pie?

—Sí —contesta mientras los mira detenidamente.

Las risas de los viejos regresan, pero el hombre vuelve a preguntar:

—¿Agua? ¿Comer?

Uno de los ancianos se levanta, entra riéndose a su pequeña casa y sale de

vuelta para ofrecerle un poco de pan. Hambriento, el hombre apresura el primer bocado.

—Acá la comida se gana, che. No se regala. ¿Tenés con qué pagar? — pregunta con seriedad.

El hombre no contesta pero deja de comer. Otro viejo se le acerca cojeando, le palpa el bíceps y dice:

—Usted es bastante grande, tiene buena estatura. Puede ser útil para muchas cosas.

Sin responder, el hombre le regresa el resto del pan y continúa su camino. Lo sigue el niño mientras un viejo grita:

—¡Oíme, nene, vení acá! ¡No caminés con extraños!

Pero el niño desobedece y va tras lo que le resulta una especie de árbol vagabundo. Después de unos minutos, se detienen, lo mira a los ojos y dice:

—Ve a casa.

El niño estira la mano y le ofrece otro pan. El hombre, agradecido, lo toma, acaricia la cabeza de la criatura y continúa su andar durante la noche, iluminada por los escasos faroles que bordean cada tanto la carretera.

*

La luz que antecede toda materia separa una vez más la noche del día. El hombre vislumbra una ciudad: las construcciones lentamente se convierten en edificios, casas, negocios. En las calles, los automóviles quietos y el aura recién aparece reflejando su luz sobre el suelo. El hombre cruza debajo de un puente y a lo lejos observa a los transeúntes que comienzan a estar de pie, quebrantando la horizontalidad del mundo.

Camina. Evade las miradas. La gente se sorprende de su estado de abandono e incluso se disgusta con su olor. Un grupo de jóvenes lo observa pasar y algo susurran entre ellos. Él continúa y tras sí escucha:

—¡Andáte, cerdo!

A pesar de que reconoce las palabras, las ignora. Camina hasta llegar a una plaza, busca una banca y ahí descansa por horas. El entorno se reduce a lo que alguna vez fue su vida: mujeres, parejas, niños, alimentos, automóviles, objetos... Conforme el sol asciende, crece la cantidad de personas que lo ignoran forzosamente o lo miran con miedo. Al incomodarlos, prefiere retomar su andanza.

Atraviesa la ciudad a pie. Cuando ve una panadería se detiene. Ofrece su mano de obra, sabiendo que en pocos días podría recordar el oficio que le ha heredado su padre. De inmediato, los empleados le piden que se retire. No se molesta: también ha olvidado el enojo, pero a cambio de marcharse pide agua, cinco panes y un cigarrillo, que le conceden en el acto.

Al salir de la provincia, recuerda el gesto de alzar el dedo pulgar frente a la carretera. Nadie se detiene más que las camionetas de redilas, en las que viaja por varias horas al lado de material de carga o ganado. Simplemente avanza, golpea el techo del conductor cuando cree que es buen momento para descender, y roba objetos que puede intercambiar por alimento: una cuerda, un casco, un martillo, cualquier cosa. En la antepenúltima camioneta, al descender, hurta un galón de gasolina.

Dos días después llega a la capital; comienza a recorrerla. Comercios por doquier, ruido infernal, una contaminación que dificulta su respiración, calles repletas de gente que va deprisa en múltiples direcciones. A pesar del tiempo, reconoce algunas avenidas, y mientras camina observa, frente a la estación de Congreso, a una mujer mayor que fuma y barre las colillas de los escalones de arriba abajo. «Nada puede barrerse de abajo hacia arriba, aunque se intentó», piensa. Se detiene a mirarla: al llegar al nivel de la calle, la anciana junta cientos de colillas sobre una masa de polvo, la levanta con el recogedor, la deposita en una bolsa de plástico y, agotada, se apoya en la escoba, fuma y tira su colilla al piso. «La primera de mañana», se dice, y se dirige al otro extremo de la estación.

El hombre continúa avanzando, recupera una parte de su memoria con las señalizaciones que lo conducen a la gran plaza que guarda, según palabras de su viejo, a Alí Babá y los Cuarenta Ladrones: el Congreso de la Nación, donde confabulan, de una u otra manera, quienes se llevaron el mundo que habitó.

Frente al Congreso, saca el cigarrillo que ha ocultado bajo sus ropas harapientas y lo abandona en el suelo. Lava sus manos con el contenido del galón que cargó durante días y lo frota contra su piel como si tratara de limpiarse antes de entrar. Lo vierte en los antebrazos y los restriega; luego en la cara, la barba, el cabello y, a pesar del ardor que siente, persiste.

Termina de bañarse y la gasolina sucia, por la mugre de su piel, escurre sobre el piso de mármol blanco dejando gotas negras. Se levanta, deja el bote. Con los ojos llorosos, un fuerte ardor de nariz y labios, da un paso y recoge el

cigarrillo. El papel de arroz se moja con la humedad de sus dedos y a las catorce horas de una tarde de enero, le pide fuego a una señorita para recordar el sabor de una bocanada.

II

Quiero pensar que en este instante vivo mi lección más profunda. Que probablemente las cosas que se hacen y se viven afuera no tienen más valor de lo que sucede aquí dentro. En la oscuridad absoluta, en un *lugar de todas luces mudo*. Solo, como debió sentirse tantas veces el hombre, sin comprender por qué llegó, escondido en las cuevas que simulan en tantos sentidos a esta celda, clausurado del mundo que lo acecha.

Llevamos más de cincuenta mil años aquí y no nos hemos facilitado la existencia y, sin embargo, la vida seguirá ahí, afuera, independiente de las voluntades humanas, y nosotros sin poder existir en ella. En un hueco que solo se llena de silencio e interrogantes que instigan el pensamiento; preguntas a fin de cuentas: del qué significa estar vivo al cómo sobrevivir a esto; del cómo será mientras lo viva al quién seré cuando termine, si es que termina; del quién me habrá delatado al cuál fue el sentido de mi causa; y sobre todo, del qué estoy pagando aquí, la pregunta más constante y la que indaga en mi interior para encontrar el sentido de mi vida, el valor de esa trascendencia que, de uno u otro modo, simplemente dejó de existir.

J.

*

Capucha. El mismo olor a trapo. Le amarran la cuerda al cuello y, aunque lo hacen de manera amable, se dificulta su respiración. Por el sonido de los pasos, Julio sabe que va acompañado por seis botas: tres hombres. Siente la humedad y el sudor añejo que alertan sus sentidos. Caminan unos treinta metros y se detienen, abren otra puerta, entran a una habitación amplia que se evidencia en los ecos. Colocan los alambres que lo atan a una silla y comienza un interrogatorio. Vaya a saber qué número de veces le preguntan:

«Nombre, apellido y edad». «Imbéciles hasta para un registro», piensa, y una mala respuesta implica más dolor.

Julio no responde. Puñetazo al rostro. Su saliva se espesa con sangre, una canica parece dar vueltas sobre su lengua. Más preguntas y él continúa sin responder. Golpe al estómago y cae de espaldas contra el piso. Sin equilibrio ni manos que le dejaran disminuir el impacto. La canica intenta ahogarlo pero la escupe. «Dolor, mucho dolor.» Los alambres se incrustan en su carne y nota, con la lengua, un hueco blando entre sus dientes. Lo levantan del suelo. Escupe la sangre que se atora en la capucha y que escurre hasta su cuello. Un milico, acompañado por un segundo golpe al rostro, grita:

—¡No ensuciés la capucha, mierda!

—¿No vas a hablar? —pregunta otra voz.

Pero ¿qué puede confesar después de tantos años? Todo es absurdo, el mismo olor mezclándose con su sudor, su linfa y su sangre. «No era una canica», dice. Otro golpe. Las preguntas siguen y al no tener nada para contestar, solo quiere morir fácilmente, como un miserable que se deja rendir, se dice; hasta que una voz ronca exclama:

—¡Dejálo, que no puede hablar!

¿Alguien me defendió? Un golpe se oye detrás de él. Por un instante Julio piensa que se escucharán balas o un tanque contra la pared, pero nada. «¿Cuántos somos?», dice la misma voz ronca.

—¡Calláte, hijo de puta!

«Dos», dice una voz. «Tres», otra. «Cuatro», dice Julio.

—Cinco.

—¡Que se callen, hijos de la gran puta! —contesta un militar mientras suena un impacto de metal contra un cuerpo, y una patada o un empujón tira una silla al piso, donde seguro hay otro hombre amarrado, el del cinco, y en ese mismo instante un disparo, estridencia... Un eterno zumbido. Julio siente que se aprieta su estómago. No puede enterarse de si son o eran más, pero por lo menos cinco ciegos han hablado, y alguno está muriendo por una bala que todavía no siente. «Pero no soy yo», creo.

*

La habitación está en silencio. La última imagen fue una bala traspasando su cuerpo, un adiós al dolor. Minutos después, una voz dice:

—¡Tranquilo, che!

—¿Estoy muerto?

—Estás jodido, pero no muerto.

—¿Quién sos?

—Tranquilo. Nos vamos. Se acabó. Arresto domiciliario.

Sale del negro cuando un barbudo desnutrido le quita la capucha y dice:

—¡Tenés la cara hecha mierda, che!

Julio se levanta atolondrado. Hay una luz encendida. La puerta hacia fuera está abierta mostrando la noche lluviosa. Hay otros tres tipos y un muerto en la habitación. Barbudos, escuálidos y sucios. Una mesa abandonada con dos chamarras encima y un teléfono. Uno de los hombres toma el aparato, tiembla cuando levanta la bocina, no lleva zapatos y solo viste unos calzoncillos deshechos. Otro los mira sin poder decir nada, respira profundo, asustado, y sale de prisa hasta perderse en la noche. El de la voz ronca mira de nuevo a Julio y dice:

—¿No lo entendés? Se acabó. Somos libres. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué querés hacer?

—No lo sé.

—Apuráte, antes de que cambien de opinión.

—¿A dónde vas?

—A la selva, loco. Me mudo de planeta después de esta. No más hombres, no más humanidad, no más palabras, no más conflictos. Voy a buscar la vida: al hombre contra el mundo, pero no contra el hombre. ¿Venís?

—No.

Y no se habló más, el hombre sale a la noche. El tercero abandona el teléfono, se pone una chamarra y se sienta en una esquina. Julio toma el aparato y una llamada a la casa de un viejo amigo sirve para darle la noticia a su padre y pedir unos zapatos. Toma la última chamarra y sale. Corre. ¿Con qué energía? No lo sabe, pero sin temor a la noche ni a la lluvia ni al suelo. Descalzo, recorre una ciudad nueva hasta la esquina donde por tantos años estuvo el almacén del viejo.

Julio espera durante varias horas, escondido tras la sombra de una columna, y poco antes de la medianoche, llega su padre. No hay palabras. «Mi viejo». Más arrugado, con el mismo saco de pana, un paraguas y el par de botines italianos en las manos. El más importante en su vida, el mismo hombre que años atrás le reveló la historia de su juventud comunista, en la

que tuvo que huir de otra dictadura, de otro tiempo, de otro suelo, de otros ideales.

Se miran en silencio. El padre y su rostro confiesan que han soportado todo el proceso de injusticias y humillaciones como un árbol añoso: sin perder presencia ni fortaleza, como los hombres que pertenecieron a una época donde los sentimientos hacían a los varones débiles.

Un abrazo largo los une. Una extraña alegría y un pedazo de libertad los acompañan. Cuando el viejo habla, por fin confiesa: «La nena también desapareció». Y la noticia tal vez no le sorprende a Julio en nada o le pega más fuerte que cualquier recuerdo en prisión. Algo en él cambió y no es capaz de sentir igual: su hija, Leonora, tampoco volverá a estar. Julio toma el par de botines, se coloca en cuclillas y piensa que hacía tiempo que su intuición le había narrado lo mismo; nunca esperó volver a verla.

*

Ahí están ambos, el hijo y el viejo, entrando de madrugada en el hogar donde una vez Julio fue niño, aunque sin rasgos de aquel recuerdo donde todo ha cambiado, y no por otras formas u objetos sino por ausencias. Fuera de prisión tampoco hay evidencia de su vida anterior. No existe nada de lo que una vez fue la casa de aquella joven pareja de padres, como tampoco están sus cuadros, libros ni el trabajo de años. Toda una vida quedó reducida a migajas, en una caja, en el clóset.

El hogar demuestra el hundimiento existencial donde el viejo ha pasado los últimos años, siendo un extraño de sí, aquel que se pasa las mañanas en el café de la esquina mirando la falta de autos, los pocos transeúntes, la tristeza, el miedo y los anhelos en los rostros, observando todo lo que han perdido. A pesar de que ya está afuera, Julio solo puede sentir una necesidad de huir, perderse entre países y gente, vivir experiencias y añoranzas nuevas, en un idioma y un mundo que en nada se parezca a este. El exilio aparece una y otra vez, no como imagen sino como un golpe de martillo que ofrece en el dolor otra opción para la vida.

—¿Qué querés hacer? —le preguntan de nuevo. La respuesta aflora de un tirón:

—Huir. No me puedo quedar. Solo quiero usar el baño y nos vamos.

El baño no está menos abandonado que el resto de la casa: sin espejo, una

toalla sucia, manchas en las losetas, el retrete roto. Para Julio se han vuelto ajenos los actos de lavarse las manos, recortarse la barba y el cabello con una máquina, orinar en un escusado y darse un baño de agua tibia.

Durante sus años en prisión, un viejo amigo de Julio, Lemuel Smith, músico, estadounidense y ateo, aunque de orígenes profundamente religiosos, logró una serie de documentos que le servirían a Julio como escape. Papeles que lo describían bajo el nombre de Jared Smith, misionero-mormón-norteamericano en tránsito. Aquel registro Smith se lo había entregado al viejo años atrás, y estos papeles pasaron ese tiempo envueltos en plásticos y enterrados en el patio trasero de la casa; hasta ahora, que el viejo decide exhumarlos.

Al terminar el baño, Julio y su padre inician el plan de escape. Para iniciar un exilio, Julio solo necesita una corbata roja, una camisa blanca, un pantalón azul, unas calcetas de vestir y un Libro Mormón, donado por Smith. El disfraz lo resuelven pronto, y en el maletín todavía le caben tres calzoncillos, dos camisas, un suéter, un cuaderno y dos plumas que le darán sentido al camino.

*

En menos de dos horas, padre e hijo están de vuelta en la camioneta, pero solo el padre puede verse desde el exterior. Julio viaja escondido bajo el asiento trasero sobre el que el viejo, expanadero, ha colocado bolsas de harina, cajas y herramientas de trabajo revueltas para distraer a cualquier retén. Julio se siente de nuevo enclaustrado en la oscuridad. Cuestiona por qué está condicionado a permanecer oculto, y al escuchar el arranque de motor regresa el horror con un primer recuerdo:

Oye los pasos. Son las botas que se aproximan a su celda. La esquina le da segundos extras. Teme por la visita violenta pero, como nunca antes, escucha el cerrojo de la celda de al lado abrirse. Otro cuerpo entra con un sonido seco. Las botas salen. Los chillidos del gozne terminan. Cierran la puerta y los tacones contra el piso se alejan hasta perderse. Quejidos y suspiros anuncian una soledad compartida. Largo silencio. Julio golpea la pared dos veces, se oye una larga espera y pega de nuevo en el muro. Los golpes regresan iniciando una conversación. Se arrastra como serpiente hasta la orilla de la puerta, pega los labios lo más que puede y desde la rejilla dice:

—¿Quién sos?

—Silvana.

—¿Sabés qué día es hoy?

—Creo que es diez de abril. Llevo siete días encerrada. Me detuvieron la madrugada del tres.

—¿Y dónde estabas antes?

—No lo sé, estuve atada a una silla, con los ojos vendados...

—Debés haber estado en la legislatura. Todos empezamos por allá.

—No sé..., me duele todo. Ayúdame.

—Tranquila. Respira despacio y corto, porque va a doler por días.

—Esto no puede durar.

—Llevo más de un año dentro y todavía no logro entender qué es «esto», pero vamos a librarla. Ánimo, mujer.

—Tengo que dormir.

—Descansá.

Y no respondió más. Una hora después, suena el gozne de nuevo. Silvana se queja a gritos, Julio brama con todo su ser en un auxilio invisible y logra visita para ambos. Antes de que se vayan ella deja de gritar. Durante días se acentúa un olor a muerto y Julio decide poner su mente en otro lado, «aunque el dolor genera espacios intangibles de los que no se puede huir».

Una piedra hace brincar bruscamente la camioneta. El viejo ha manejado por más de dos horas entre los gastados senderos de la montaña, ascensos y descensos en busca de las rutas más solitarias. Las piedras del camino van golpeando el chasis del vehículo y las llantas lisas resbalan en cada curva. Por un momento, Julio siente que nuevamente peligra su vida en el trayecto. El viejo va nervioso de toparse con un retén en las desoladas carreteras, reflexionando sobre su hijo ante esos paisajes monumentales, donde la luna ilumina el tiempo geológico que se hace presente en la inmensidad de las fallas y, mientras formula una ruta, siente un viento que amenaza con volcar la camioneta hacia los barrancos.

*

Al llegar a los tres mil metros de altura, se detienen al lado de la carretera y

se apartan del vehículo. Julio avizora el paisaje nocturno para plantear un camino, después comienza a recorrerlo con el cuerpo, tratando de encontrar al sujeto del mismo. «De nuevo estas montañas», piensa. Abajo, se ven las barrancas del río que corre lento, silencioso y que aguarda la fuerza del deshielo. Se llena de pendientes, de espacio, y este hombre de ideas y pletórico de esperanzas se reencuentra con una tierra que siempre quiso poseer, no como un bien sino como parte de su ser.

Mira a lo lejos sin encontrar muros. Sus pupilas reforman su alcance ante lo lejano. Repasa el horizonte. En la oscuridad reconoce los bordes de cada cerro, se bebe el aire con respiros profundos y en el pecho siente la presencia de una inmensidad que fluye llena de vida; mientras el viento pega en sus tímpanos, el pasto se agita a sus pies y a él, que tiene casi treinta y tres años, que difundió todo aquello en lo que creyó, en un mundo antagónico a todo lo que supuso, ahora le toca volver a estar fuera y ser parte de la sociedad que no encontró cómo culpar los delitos del pensamiento.

Su viejo lo acompaña unos metros y, sin saber cómo, intenta aliviarlo con su presencia. El hijo, sin mirarlo, dice:

—Una parte de mí se quedará enterrada en este suelo, viejo.

El viejo permanece en silencio, le tiende la mano, le da un segundo abrazo y el cruce de saliva por su garganta lo dice todo:

—Perdonáme, perdoná, olvidáte de toda esta mierda.

Las cumbres se desgarran en el interior de Julio; dejan en cada ir y venir lo que poco a poco e inexorablemente menos queda de aquel ser que definió ideales y acciones, que ahora tendrán que irse más lejos que estos cerros para nunca renacer.

Julio se agacha, toma un poco de lodo, y los recuerdos y las soledades se amasan en una bola de tierra que lentamente destruye entre sus dedos. Al final, se queda entre sus palmas una pequeña piedra redonda, la aprieta para destruirla pero no lo logra, la detiene por un instante, evalúa su peso con la mano derecha y la lanza al vacío con todo su ser; y por el hígado, los riñones, las costillas, el hombro, el brazo y hasta la punta de sus dedos, cruza todo el dolor, como si lo que lanzase fuese el cáncer que lo volvió podredumbre durante tanto tiempo: el horror de años enclaustrado en una celda negra; y mientras esa piedra se convierte en un punto que sobrevuela la inmensidad, en las cinco letras de adiós se representa su muerte, para significar el inicio de lo que a partir de hoy será.

—¿En qué pensás?

—Que la vida es un asco, viejo. Que afuera me siento igual o peor. Que necesito morir, como un fénix, para poder seguir viviendo, pero tengo miedo de equivocarme otra vez.

—Vos no te has equivocado.

—¿Entonces? ¿Qué es esto, viejo? ¿Sabe cuántos huesos me han roto? ¿Sabe cuántas veces me tiraron baldazos de agua helada para después pasarme corriente hasta cagarme? ¿Sabe lo que significa no poder estar de pie en un puto hueco, donde cada día te preguntás si durarás otro?

—No.

—Entonces no me diga que no me equivoqué, porque de otra manera no puedo entender por qué. ¿Dónde está mi mujer? ¿Dónde está mi hija? ¿Dónde quedaron nuestras vidas? Tuvo que ser mi mayor error. ¿Me entiende? De otro modo, ¿cómo lo explico?

—Como tu mayor virtud. Como los únicos que tuvieron la cabeza despierta y las pelotas para plantear un mundo distinto.

—Como los más imbéciles, viejo. Como los más ingenuos que pensaron que el mundo les pertenecía de alguna manera.

—Olvidáte de todo lo que te haga daño. No te castigues, no vale la pena. Empezá de nuevo.

—No es tan fácil, viejo.

—Yo no hablé de lo fácil; no tiene que ser fácil.

—Estoy marcado de por vida. Mire mis dedos, mis manos torcidas, mire estos huesos que me salen de todas partes...

—En pocos meses vas a estar igual que antes. Insisto, empezá de nuevo, como lo han hecho los grandes. Vos sos un grande; ni estos años preso te pudieron matar.

El viejo camina de vuelta a la camioneta, toma una cajetilla del tablero y enciende un cigarrillo. El hijo se queda unos minutos más mirando el paisaje y, sin decir nada, vuelve a colocarse bajo el asiento trasero.

*

Como primer destino, los detiene un retén. «¡Baje del vehículo, por favor!», dice un joven soldado de cara lánguida y mirada hueca. «¿A dónde va?», le pregunta al viejo. Con voz temblorosa, el viejo responde:

—Tengo un amigo porteño que va a montar una panadería y necesita mi ayuda.

—¿Usted es panadero?

—Sí.

—Mire nada más. ¿Y no tiene nada que nos regale para probar? Los muchachos y yo tenemos un poco de hambre.

—Tengo un par de tortitas.

El viejo regresa al asiento y busca con temor los panes. El hijo respira silenciosamente, bajo el asiento, mientras el padre se apresura a sacar el alimento para ofrecerlo con un gesto forzado de amabilidad. Los soldados notan algo extraño en la prisa del viejo:

—¿Qué le pasa, anciano?

—Nada, nada. Creo que me olvidé de la sal.

Los muchachos no responden. Se miran entre ellos. El líder del grupo muerde la factura, le sonrío a sus compañeros y todos se muestran agradecidos. Por debajo del asiento el hijo suda como el jadeo de un perro exhausto, desesperado, rogando al mundo para no ser descubierto. «Adelante», dice el más alto de los tres muchachos mientras levanta la pluma. El viejo toma el volante, enciende de nuevo el motor, acelera sutilmente y, evadiendo las miradas, agacha la cabeza para despedirse de estos muchachos imbéciles que pasarán sus días esperando los dos o tres autos que cruzan diariamente aquel camino.

Sin que el viejo pueda notarlo, uno de los muchachos desenfunda el arma y coloca la camioneta en su mira. Apenas observa los cinco centímetros del cabello cano del anciano por encima del respaldo del asiento, lo tiene en el punto exacto para que esa bala recorra treinta metros, rompa el vidrio trasero, penetre cráneo y cerebro, y en menos de un segundo haga que la camioneta se desplome hacia el barranco. «¡Pummm! Ahí se acaba tu vida, viejo de mierda», dice el soldado mientras sonrío a sus compañeros y muerde un segundo bocado.

Una vez que el retén desaparece del espejo retrovisor, el viejo acelera a fondo y cruza el árido camino rompiendo el récord de tiempo en su recorrido. Después de horas de viaje, poco antes de llegar a la ciudad en la que planean descansar, el viejo vira a la izquierda y se aleja de la carretera, adentrándose en un paisaje arbolado hasta encontrar un punto aislado donde nadie puede verlos. Apaga las luces del vehículo, baja de prisa, mueve las cajas, levanta el

asiento y deja salir al hijo, quien, adolorido, realiza varios estiramientos antes de decir algo. «Te guardé unas tortitas», dice el padre. Julio, agradecido, muerde la primera con hambre.

En el primer bocado siente que algo de la vida regresa en una cantidad de recuerdos infantiles, como su viejo cocinando de madrugada en el almacén, y expresa su gratitud con una sonrisa desdentada.

—No son tan buenos panaderos, pero saben amasar —dice el viejo.

Julio, todavía masticando, asiente con la cabeza.

—Tal vez sea mejor que sigamos. De cualquier forma tendrías que descansar dentro de la camioneta. Si continuamos podemos estar ahí a la madrugada y será más fácil cruzar.

El hijo vuelve a aceptar las palabras de su padre, pero parece que sus pensamientos se han perdido con el bocado, en el futuro o dentro del inmenso miedo que lo acompaña y que se hace evidente en la constante tensión de su mandíbula.

—¡Vamos! De vuelta adentro.

—Deme un segundo, viejo. Un descanso.

—Claro —contesta el padre, apenado.

El hijo toma otro pan de la bolsa. Le es muy difícil hablar, no por la masa en su boca sino por haber guardado tantos años de silencio y, sin embargo, lo intenta:

—Sabe, viejo, este es el tránsito de lo formal a lo real; de lo que uno cree ser en contraste con lo que en verdad se vive.

—¿De qué me hablás, Juli?

—De las cosas de diario, como el dinero, el banco, la luz, el auto, los horarios, las noticias, las charlas, los amigos, el arte, los besos, la ciencia, el sol, los libros, el amor, las risas, el agua, la piel, los hijos, la cama, sus rostros, sus sueños, sus manos, su sonrisa; en contraste con el yo. Donde todo lo dicho son puramente realidades de otro mundo, de este mundo, que deshabité y para el cual probablemente no existo más.

—Por supuesto que existís. Vámonos.

—Fue una aniquilación mental y corpórea, viejo. ¿Sabe a qué le tememos tanto para formar esas masas patéticamente inútiles y motorizadas de milicos?

—Sí, a nosotros mismos. Pero eso no es el mundo, o al menos no es todo lo que hay. En algún lugar existe un mundo mejor. ¡Vamos!

—¿Dónde, viejo?

—¡Vamos!

*

La luna se reparte generosa, como pocas veces lo hace en aquel llano. Algo en la espesura del aire habla de la proximidad a una gran ciudad. «Milicos. Mil icos. Mil hijos de puta», piensa Julio, mientras el motor poco deja escuchar y pensar.

—¡Vos no te preocupés, el sol sale para todos! Llamáme cuando estés a salvo. Podés pedir ayuda y solicitar asilo político en otros países. Es lo que han hecho todos. Andáte al Norte, a México, a los Estados Unidos o a Europa. No pensés más en esto. Todo se fue al carajo, no hay nada ni nadie por quien volver, ¿me entendés? Yo te voy a buscar a donde vayas. Te amo mucho, ¿sabés? Tu viejo te extrañó cada día. Te busqué en cada prisión, a vos y a tu hermano, pero nadie me pudo decir dónde estaban. Olvidáte de toda esta mierda. Comenzá una nueva vida.

Julio no sabe qué responder. Desde abajo del asiento dice por instinto, por inercia o porque es real:

—¡Yo también lo extrañé, mucho, viejo, y quise que estuviera ahí, aunque fuera solo para mirarlo!

De la respuesta del viejo solo se escucha el motor del auto. La luna continúa moviéndose en el cielo. Padre e hijo recorren más de setecientos kilómetros. Julio recuerda que tenía un hermano, el ídolo de su niñez y juventud, ahora colocado en la ambigüedad de la palabra «desaparecido», del cual el padre no sabe nada, al igual que hasta hace un día no tenía la menor idea de dónde estaba su hijo menor.

*

La soledad del campo se transforma en una gran urbe. Bajo aquel asiento, aunque se niegue a recordar y sin importar que su mente trate de pensar positivo, vuelve a sentir a los insectos salir del caño, continuamente. Nunca los vio, pero los oyó por años: le caminaban encima y sentía el crujir de sus pequeñas estructuras cada vez que los destrozaba entre sus dedos, como si él fuera el milico. Intenta olvidar. Tiene que olvidar. «Tengo que olvidar», se

repite una y otra vez.

—¡Llegamos! —grita el viejo.

A las tres cincuenta de la madrugada están frente al muelle. El hijo sale de su escondite y baja de la camioneta. La orilla del Río de la Plata se siente sin un alma y por unos segundos observan los reflejos de la luna en el movimiento del agua. De pronto, alguien los alumbró desde atrás:

—¿Qué se ofrece? —pregunta una voz detrás de la linterna.

—Necesitamos un servicio al otro lado.

—¿Ahora?

—Sí.

—Es peligroso cruzar de noche. ¿Es necesario?

—Tenemos una urgencia del otro lado.

—Bueno, pero les va a costar una buena plata.

—Solo va él —dice el viejo.

El hijo, con su disfraz de misionero, ofrece una ligera y falsa sonrisa. El pescador baja la linterna, deja ver su rostro con largos bigotes canos, y dice:

—Bueno, pues vamos, y ya nos arreglamos del otro lado.

Llega un tercer abrazo, ahora como despedida. Se besan las mejillas. Al viejo le escurre una pesada y gigantesca lágrima, coloca varios billetes en la mano del hijo, saca un cigarrillo y le mete en el bolsillo de la camisa la cajetilla:

—Llamáme o escribíme.

—Sí. *Ciao*, viejo. Gracias.

Julio y el pescador suben a la lancha. Con su falsa vestimenta se acomoda en la parte del frente, coloca el maletín a su lado derecho y saca el suéter. El motor hace un fuerte arranque y en el muelle queda el viejo iluminado bajo un farol, observando su partida. Pasan varios minutos hasta que el pescador dice:

—Vos no sos misionero.

Julio ignora el comentario.

—Hace varios años puse a mi hijo en la misma ruta. ¿Estuviste en prisión todo este tiempo?

—No. Los mormones no nos involucramos en política.

Con un movimiento de cabeza el pescador se niega a aceptar la respuesta.

Después de su experiencia, Julio no volverá a confiar en nadie; puede estar frente a un soplón, un militar disfrazado o un mercenario que lo convertirá en desaparecido. Desde el muelle, el viejo continúa observando el bote, hasta que este se convierte en un punto opaco sobre el río que lentamente se desvanece. El viejo enciende el cigarrillo y piensa que hasta cierto punto ha cumplido con su tarea: liberar al único hijo que le queda vivo, según él. Regresa a la camioneta y se marcha.

Para Julio la noche se enfría cada vez más. La lluvia que apenas inicia le hace pensar que jamás llegarán. El pescador le ofrece un impermeable amarillo y continúan con un viaje ambientado por saetas de agua, un oleaje severo y nubes que parecen reflejar la fuerza del mar en el cielo. Como en un cuadro de Turner, se imagina Julio: con una luna amarilla al fondo, nubes rojas y la opacidad del cielo dibujando una espiral de morados tan oscuros que simulan un negro.

La figura de la espiral le evoca la vida, el eterno principio. En aquella celda, dibujaba una y otra vez la misma espiral, con el índice, como si viajara con su yema en vez de con el cuerpo; repetía la palabra «ci-clo-ci-dad», y la asociaba a los anillos de un árbol; la eterna estancia dibujada por un invierno y un verano, en los que el cambio de temperatura se convierte en trama y color. En cada piedra también está escrito el mismo tiempo: líneas más anchas cuanto más lejano es el año.

—Usted sabe que las piedras y los árboles atestiguaron eras en que los años duraban, quizá, unos quinientos días, cuando la tierra daba giros mucho más lentos.

—No, pero tampoco me interesa. ¿En eso creen ustedes los mormones?

—Algo así. Que el planeta está en aceleración, que sus temblores internos lo afectan para llevarlo cada vez más rápido, lo que implica que la propia vida, la de toda la Tierra, se ha formado en la aceleración del tiempo, en un universo en contracción o de regreso hacia quién sabe dónde.

—Con razón el mundo está cada vez más pirado.

—Igual que patear una pelota: si su condición fuera expandirse, la pelota disminuiría su fuerza conforme se alejara de la patada; pero esta pelota gira cada vez más rápido y no hay forma de que sea amable mermar soles, planetas y galaxias en un mismo espacio. La vida nació en el camino a la destrucción.

—Mirá vos... Qué apocalípticos que son ustedes —dice ofreciendo una

sonrisa sarcástica.

«En realidad era mejor callarse», reflexiona Julio. El movimiento del mar mengua lentamente. Detrás de la lluvia, en el horizonte, aparece el alba repleta de fuerza. A las siete de la mañana llegan al puerto. Es tal la lluvia que nadie sale de la pequeña aduana para hacer preguntas ni revisar los papeles. Julio intenta pagar el transporte, pero el pescador le devuelve el dinero en pesos uruguayos y contesta:

—Solo me quedo con lo de la gasolina. Lleváte el impermeable, cuanto más te alejás de la playa más cala el frío. Cuando crucés este país vas a poder entrar en calor. Cuidáte, hijo.

Julio se queda sorprendido. Hasta este momento reconoce la bondad del pescador. «No todo se ha hundido», piensa. Le da las gracias con su enorme sonrisa desdentada y camina deprisa hasta salir del muelle.

Un nuevo país, calles desconocidas, una mañana nublada, una tristeza abundante en la rústica y desolada ciudad. Recorre varias cuadras y en la sexta cambia el rumbo, a la derecha, para caminar otros cien metros hasta una cafetería: mesas vacías, olor a naftalina y pan recién horneado. Una vieja televisión sintoniza un noticiero. Una bella mesera lo mira entrar y le sonrío con lástima. «Dos medialunas y un café, por favor», pide el falso mormón.

—¿Vos sos de esos que joden los domingos para leerle a uno la Biblia o hablar de dios? —pregunta la mesera mientras le sirve el café.

—Sí.

—Pues yo creo que dios es el hijo de la gran puta que se ha cargado a la juventud de todo el Sur.

—Ese no es dios, es el hombre.

—Buen punto. Tomá. ¿Querés azúcar?

—No —responde mientras toma la taza y siente un fuerte dolor en los dedos.

—¿Te quemaste?

—No, no.

—¿Y a dónde vas?

—A ningún lado. Soy misionero.

—¿De dónde sos?

—No importa. —Bebe el café de un trago para evadir más preguntas.

—Dios y tu mundo, nene. Andáte Alá... —Le entrega el ticket de compra.

Julio paga, coloca la segunda medialuna en una servilleta y pregunta:

—¿Dónde sale un ómnibus para el Norte?

—Salís de acá, tomás cincuenta metros a la derecha, caminás dos cuadras y doblás a la izquierda; recorrés otra cuadra más y ahí tenés la parada más cerca y encontrás a dios.

—¡Gracias!

—No agradezcas, lindo.

Ignora el «lindo» y continúa con su camino, bajo la lluvia que reinicia y entre la niebla de una mañana uruguaya. Después de unos pasos, la palabra «libre» vuelve a cruzar por su mente.

*

En la parada del ómnibus, Julio se queda esperando unos minutos y aprovecha para comerse el otro pan. Con el impermeable puesto observa por primera vez, en años, su reflejo sobre la ventana del edificio que tiene enfrente. Esa mancha amarilla, que sobresale de la urbe gris y mojada, es él. Cruza la calle, se quita el gorro del impermeable y se queda mojándose por un instante. Perfila su rostro en varias ocasiones. Tiene la cara huesuda. Abre la boca para notar la ausencia de dos colmillos, un incisivo y tres muelas. «Mejor no sonreír», se dice a sí mismo. A lo lejos se escucha el motor del ómnibus. Julio cruza de nuevo la calle, se ubica en la parada y detiene el transporte con una seña.

Paga el pase y, al sentarse, nota los brazos velludos de la mujer de al lado, su vestido de flores, los inmensos senos, las manos de pianista y seguramente un pene apretujado entre sus piernas: es un hombre corpulento intentando tener una rodilla unida a la otra y sosteniendo una pequeña bolsa sobre los muslos, con las manos puestas en la misma y los meñiques alzados al aire, con todas las pretensiones de una delicada dama. «Al menos el peor disfraz no es el mío», piensa.

Julio se queda tranquilo en la comodidad del asiento. Por un segundo imagina qué sucedería si un retén militar los detuviera y pidiera sus papeles, pero prefiere dejar de pensar en eso y lamenta cómo para algunos el propio cuerpo es una prisión. Cuando le ofrece una sonrisa, con la boca cerrada, al compañero de asiento, no hay contacto; él-ella evade el saludo, como la elegante, frágil y ofendible dama que no cede ante un cualquiera y se dedica a mirar por la ventana el resto del camino.

Mientras, Julio mira la cubierta azul del asiento delantero, imagina en los nudos y las texturas una serie de preguntas que también tendrá que borrar: ¿Y los demás? ¿Los amigos? ¿Los compañeros? ¿Dónde estarán? ¿Y la causa? Su mente se inunda de fantasmas, las presencias insignificantes con las que compartió los viajes de cada ómnibus para después extraviar sus figuras y esencias, con las miles que habló; que en su mayoría no supo ni sus nombres, y no recuerda los temas, pero indudablemente dejaron rasgos que recuerdan minúsculos instantes; espectros, tan vivos o perdidos como él, que tomaron el mismo tren hacia Alexanderplatz, que cruzaron un semáforo mirando al suelo, que amaron a Giacometti en algún museo del mundo, que sobrevolaron el salar de Uyuni en el mismo avión o, simplemente, que se sentaron en la misma acera a mirar el sol desvanecerse tras los rascacielos.

¿Quiénes eran todos aquellos extraños a los que ahora reconoce? No lo sabe, y tampoco sabe si ahora, fuera de prisión, verlos implicará abrazarlos, uno por uno, u olvidarlos para siempre. En su mente solo trata de encontrar respuestas a lo que significó su vida, afuera y adentro, en el antes, en el ahora, como una búsqueda constante al valor del olvido. «Todo se busca y se encuentra en la mente», piensa; «los imaginarios evidentemente existen, nacen, se inventan, son parte de la posibilidad ficticia de todas las cosas, de que el todo no está hecho de asuntos concretos sino de luces dispersas que se encienden a diario y otras que se apagan por años para luego volver, o las luces que nunca regresan, sin saber por qué».

«¿Cuál será mi última luz? ¿Qué palabra diré cuando se corte el cable que conecta la vida con mi ser? ¿La última imagen? ¿Qué fotografía mental? Vos, seguramente, o tal vez Leonora bebiendo de ti, o la ventana frente a nuestra cama, el gato sentado en el escritorio. ¿Qué habrá sido de él? ¿Un gato indigente? ¿La mascota de un niño? ¿Manchas en el pavimento? ¿El mal olor de la basura? Todo, a fin de cuentas, son posibilidades, las respuestas concretas a mis preguntas dejaron de existir. ¡Que alguien explique cuál es el sentido de estar aquí! ¿Para qué diablos un mundo, mujer? Este mundo que nunca pretendió ser algo».

Julio abre los ojos. El travesti sigue mirando por la ventana y el ómnibus cruza por un paisaje desolado, húmedo. Todo parece un sueño que no lo deja escapar de sus recuerdos. Mira de nuevo al travesti: «¿Quién nos entiende? Si

supieras lo que es estar dentro de una celda no sé si volverías a darle importancia a las prendas». En su mente se abre la puerta de esa celda, en la oscuridad total llegan botas, macanas, agua helada y electricidad. ¿De dónde vienen? Tampoco lo sabe, pero duele hasta los tímpanos cuando lo atraviesa una descarga o le rompen otra costilla, otro dedo, una patada en el ojo, o cuando un rifle penetra con la parte trasera en lo más profundo del riñón. Y uno que creía que los dolores máximos se contenían en los testículos, pura ingenuidad... El crujir de un papel arrebató a Julio de su somnolencia. Tiene la frente perlada de sudor, por un instante no sabe dónde está. Sí, la carretera, el travesti, el ómnibus, huyendo.

Al otro lado del pasillo, una anciana abre una bolsa de papel; es estruendoso el crujido al extraer de ella un prolijo sándwich que desenvuelve para comer. Su rostro moreno, quemado por el sol, sus manos anchas, callosas, de uñas gruesas y torcidas dejan ver que es una obrera y que seguramente no es una anciana, pero la vida le ha jugado una eterna mala partida. Julio se queda pensando en el autor de aquel bocadillo, realizado con evidente esmero; y entonces reconoce que de nuevo está ahí, pensando boludeces, entre otros, sin entender cómo, pero compartiendo nuevamente viajes con extraños de quienes no sabrá ni sus nombres.

A la derecha, al borde de la carretera, hay una gran cantidad de árboles. La abundancia del verde le genera paz, le recuerda al último preso diciendo:

—A la selva, loco. Voy a buscar la vida: al hombre contra el mundo, pero no contra el hombre.

Algo le pareció conocido en aquel preso. El camión se detiene. Uno a uno suben y bajan los pasajeros. La mayoría solitarios, todo tipo de personas, y el conductor repitiendo una y otra vez:

—Buen día.

El olor a jamón invade algunos metros. El travesti no deja de mirar por la ventana. La anciana mastica despacio. «A fin de cuentas, todos somos animales de la misma especie, con mínimas variantes en los rasgos, cada una de esas caras con ojos, nariz y boca, como contenedores de recuerdos en movimiento, en gama color piel, efectuando el mismo saludo, mirando a los lados para encontrar un asiento, posicionándose en dos ángulos a noventa grados para ser trasladados en una vieja máquina», piensa.

Los mira a todos con intriga: «¿A dónde irán?». «Ni idea», se responde. Como tampoco él tiene la más remota noción de dónde está. Pregunta al

travesti por una ubicación y, nuevamente, no le contesta. Así que a Julio le toca esperar. Cuatro horas después, cuando tres pasajeros permanecen en el ómnibus, de la garganta del conductor se pronuncia:

—¡Última parada!

Al bajar, nota que ha llegado a una gran ciudad. Mira por varios segundos hacia el sol. Es un placer sentir su toque en el rostro. El ruido retoma las calles y el calor se siente cercano. Hay movimiento, colores, autos, vendedores, semáforos, gente, cielo sin lluvia, sol de la tarde, música *brasileira* en la esquina.

Una opción es cruzar a Brasil en un nuevo ómnibus, pero la aduana es un serio peligro, así que decide tomar un descanso en esta calurosa ciudad. «El camino, a fin de cuentas, lo encontrará a él», piensa.

Julio comienza a caminar, a recorrer en pasos el tiempo perdido durante el encierro. Después de horas, de avenidas, aceras, fachadas, aparadores, una lata de atún y una caja de vino, siente de nuevo una sensación olvidada: cansancio físico. Incontrolablemente, cruza por su cabeza la palabra «cama» y todo lo que ella implica: sábanas limpias, blancura, almohada, cabellos, detergente, piel, pero sobre todo el color blanco y la tersura de las sábanas sobre un colchón.

Costear un hotel es demasiado caro para la incertidumbre del mañana, pero dormir en la calle es equivalente a verse sucio al día siguiente y ese precio puede resultar mucho más caro. Elige hotel, aunque se sorprende por la facilidad con la que ha pensado en la calle como dormitorio. Sin saberlo, algo bueno tuvo para él la prisión: en el mundo externo ya nada le parecerá tan amenazante, a excepción de aquello que pueda llevarlo de regreso a esa celda lóbrega.

*

—¿Su identificación? —pregunta la chica de la recepción.

—Es solo una noche; pago por adelantado —contesta Julio.

Al cruzar la puerta de la habitación catorce, ni la cama ni el cuarto son tan agradables como los había imaginado: mal olor en la alfombra, muros anaranjados. Al levantar las cobijas se evidencia el contraste de una antigua mancha de sangre en la sábana gris. «Al menos hay televisor», dice. Lo enciende. «A pesar del tiempo, la televisión no ha dejado de ser un medio de

dominio, posiblemente un poco más ágil que antes», piensa. Por lo menos la cama es blanda y la almohada tiene olor a detergente; no es el olor del recuerdo, pero sí uno que vuelve de algún lado. Se siente agotado, tiene que dormir. Se apresura a cerrar las cortinas y deja encendido el televisor. Las películas del viejo Oeste siguen vigentes, las balas producen un eco en la habitación que lo hunde en un sueño profundo; primero con palabras en inglés y voces de vaqueros que se dispersan por su mente; después, a ese apartamento de su vida anterior:

... muebles cayendo. Cajones que revientan contra los muros. Papeles, archivos y libros vuelan por la habitación. Vidrios que ceden. Balas que hacen caer el techo. Gritos que aprietan el vacío. Pasos que huyen del edificio. Puertas que se abren con armas y botas. Palabras que necesitan leerse o confesarse. Frases que ejercen miedo. El plomo penetra órganos, músculos, huesos y hasta el aliento. Cuerpos que caen y vuelven a caer. Son muchos. Los otros, pocos. Siete jóvenes despiertos. La rendición: única salida, pero primero la causa, primero una vida diferente, primero un mundo más justo, primero algo por lo que valga la pena haber nacido.

Opción A: Un petardo. El líder por detrás de un sofá lanza el explosivo. Revienta. Más gritos. Fuego. Humo. Se desploma una parte de la loza de unos y el piso de otros. Opción B: La muerte. Más muertes. Alguien se escapa y grita:

—¡Estuvo cantada!

Alguien responde:

—¡Se van a morir, hijos de puta!

El ruido disminuye. Paulatinamente. Respiros. Quejidos. Llantos. Sangre. Silencio... Cuatro tiempos de sigilo y, nuevamente, tres pasos: botas. Una mano abierta se asoma por detrás de otro sofá volcado y repleto de balas. «¡Basta, no estoy armado!» Otra mano abierta acompaña a la primera y a su voz:

—¡No estoy armado, no me maten, por favor, no me maten!

El cuerpo se levanta encorvado, con las palmas sobre la cabeza. Muestra la cara: horror, lágrimas, sangre en las mejillas. Un militar corre hacia él, lo apresa con un golpe en la espalda, ata sus extremidades y lo deja en el suelo con la bota en la nuca y el rifle recargado en el cráneo.

Detrás, otras manos. «¡Me rindo, no estoy armado!» El temor de un soldado novato dispara contra ellas. Un grito. Un dedo menos. Una palma pulsando. Miedo. Dolor. Mucha sangre. Un desmayo.

Del total quedan dos vivos; del edificio, ninguno. Los militares recopilan papeles, enuncian pruebas y apresan a ambos. Les colocan capuchas. Son amordazados y atados de manos y pies. La salida es silenciosa. Los vecinos de enfrente no tienen ojos ni oídos para atestiguar. ¿Quiénes son? Nadie lo sabe. «Seguro andaban en algo», dicen; y ese algo tiene nombres: subversivos, enemigos del Estado. Los guardan en una cajuela. El encuentro estuvo cantado. El rapsoda: una compañera que pasó la noche en la legislatura; confesar no le salvó la vida, pero fue más fácil que soportar las amenazas contra su esposo, Julio, e hija, Leonora.

El destino de ambos también es la legislatura, después prisión, una fosa común o un vuelo con salto al mar. La intención, eliminar aquello que cuestionase el orden natural de la nación. El primer auto se va. Mientras, tres soldados vestidos de civiles vuelven al apartamento. Esparcen querosén sobre la tarima y los cuerpos, derraman más en los libreros, recorren las habitaciones remojando los clósets para luego encenderlos y, cuando la llama crece, huyen de prisa. Bajan las escaleras corriendo, toman un segundo auto y por el espejo retrovisor observan explotar las primeras ventanas.

Adentro el fuego emerge sobre las cosas secas y engrasadas. La estufa, los explosivos jamás usados y los vidrios del baño revientan. Las paredes burbujan. Los cables se queman. La pantalla del televisor se derrite produciendo el humo más negro, hasta volverse un charco. El sillón se quema y se desprenden las balas de la madera, ahora cenizas. Polvo. Todo se mancha de un negro mate. Las palabras de cada libro se hacen restos. Los metales de la cocina se calientan hasta volverse rosa-amarillento pero no ceden. Las llamas de los armarios cruzan hacia las camas; luego a los burós; luego a los cuadros donde se van deformando las imágenes como si la abstracción consumiese las figuras hasta la ausencia de todo signo y color; luego al papel tapiz que se enciende, se desprende y se desvanece frente al cemento y los tabiques que el fuego ya no consume y solo mancha.

Los libros se vuelven avispas de ceniza que revolotean en las habitaciones. En uno se quema una fotografía, usada como separador, con

tres personas: hija, madre y padre. En las sonrisas de los tres, frente al mar, se funden la plata y la gelatina con las palabras de un texto. La mirada de ella, María, se transforma; primero burbujea, luego se vuelve amarilla, roja, gris, y se desprende como un cristal que se rompe para luego volverse negruzca, otra avispa que escapa. El amarillo continúa consumiendo el resto, extendiéndose como una ola sobre la imagen que cubre a la niña, Leonora, llevándose sus dientes, nariz y esa lúcida mirada mientras se traga las palabras «aquél que mueve al sol y las estrellas», limitando un texto en una implosión al negro, que se traga cada canto, cada punto, cada número, cada letra, condenando todo a un tono cárdeno para seguir invadiendo la imagen y a él, Julio: idealista, padre, pintor, habitante de un mundo que no tenía otro límite que la palabra arte. Su rostro se deforma con brotes que explotan para hacer un gran hueco entre sus labios y no se detiene.

Las sirenas se oyen a lo lejos. Las llamaradas salen reventando todas las ventanas para después esparcir su hollín sobre el edificio. Un gran número de vecinos se coloca al otro lado de la calle a observar. La autoridad llega al espectáculo. Un oficial pide apoyo a los bomberos. El fuego no se detiene. El edificio está completamente desalojado. En el departamento no queda un solo objeto identificable. De pronto, una explosión de gas asusta al barrio. Esta vez, los rebeldes no eran cualquiera, había que evidenciar el conflicto, mostrar que han sido aniquilados y, con el fuego, borrar toda evidencia de esta censura, del nacimiento y las vidas de los subversivos, del inicio de un genocidio.

Para Julio pasan más de quince horas de sueño continuo. Despierta con pánico: un ir y venir de ese incendio, los milicos, su padre, el color negro y horas en aquel apartamento con Leonora sobre sus pies, bailando el mismo tango una vez más. En el fondo, sabe que todo el pasado podrá borrarlo y que la prisión será más fácil de olvidar que a aquella niña. Al levantarse, siente que por primera vez entra en un nuevo planeta: el sol comienza el día con él. Tiene entonces una tarea inicial, leer al detalle todos los papeles falsos que están dentro del paquete que le dejó Lemuel y tomar nota y conciencia del personaje que deberá reinventar para continuar con vida.

Entre los papeles, con bromas y cariño, el amigo realizó un pequeño

resumen de lo que significa ser un verdadero mormón estadounidense, algo que él de ningún modo ejerció, pero sí conocía lo que significa ser parido en el ambiente protestante del Norte, con otra interpretación inverosímil de la Biblia y, como todas, patéticamente hambrienta de poder. Al final de la carta escribió: «Con la mejor de las intenciones, espero que esta identidad te libre en un mundo sin sentido. Tu amigo siempre, Lemuel Smith».

Entre los documentos encuentra escrito su nuevo nombre: Jared Smith. Demasiado ajeno hasta para pronunciarlo. Toma el cuaderno y comienza un retrato del hombre que a partir de ahí será: amante del silencio, aspecto impecable, reservado, religioso, frívolo. En la siguiente página, dignifica con un dibujo a aquel ser que hasta encontrar tierra firme estará obligado a ser. «No de forma determinante, sino como un estado de tránsito», se dice. Por primera vez disfruta, después de años, volver a dibujar y aunque siente que su mano le es ajena, el dibujo funciona como un arte que le pertenece; sin embargo, ha olvidado su propio rostro. Camina hasta el espejo, observa su cara con todo cuidado: no hay un solo músculo que no traduzca el paso por la vida. Mira las nuevas cicatrices, los poros dañados, un derrame en el ojo izquierdo, las manchas de desnutrición en sus mejillas y reconoce que nunca volverá a ser el mismo.

Abandona el espejo, termina el dibujo y se da un largo baño con agua caliente, gozándolo como una experiencia sensorial. Se viste con la misma ropa, a excepción de la camisa y los calzoncillos. Trata de verse lo más limpio posible y sale de la habitación dejando la llave en la puerta. Cruza el *lobby* ignorando la mirada de la empleada del mostrador. No la ignora fortuitamente, sino que en todo su caminar enaltece su nueva actitud, en la que ejerce lo reservado, la frivolidad y una mirada que no se topa con otras. Pero concentrado bajo el disfraz de Jared Smith, no repara en el hombre de gris que lo observa y que lo sigue en cada paso.

Al salir del hotel, la calle se inunda de ruido y gente; su ruta sigue siendo el Norte. Segundos después, el hombre del traje gris, quien disimula sus movimientos, sale, prende un cigarrillo y camina detrás de Julio, manteniendo una distancia de unos veinte metros. Julio continúa sin notar que es observado. En una esquina, cuando le parece ver a un hombre amigable que toma el sol, le pregunta con un provocado acento extranjero:

—¿Cuánto falta para llegar a la frontera?

—Poco, hijo. Seguí por este camino —dice el hombre mientras señala

hacia una gran avenida.

Sus pasos prosiguen sobre el cemento caliente de las aceras. En la calle de enfrente nota a dos jóvenes con la misma vestimenta que él, que con su tenacidad proselitista tocan de puerta en puerta y charlan con extraños para repartir las palabras que los hacen cómplices de un mismo personaje literario: dios. A pesar de su altura, trata de pasar desapercibido, colocándose el impermeable para tapar la corbata y el suéter, y no lo ven pasar.

Tiene dos opciones para salir del país: hacerlo con una falsa identidad y posiblemente ser descubierto o adentrarse por un camino perdido y, de algún modo, también poder ser descubierto; pero entre la vía ilegal o la vía legal, prefiere la ilegal. La legalidad ya le ha mostrado toda su falsedad.

*

Mientras camina, Julio reconoce un pulso que se acerca y siente sobre su pecho, en el que los bajos se apropian de la rítmica interna hasta que el oído distingue un candombe. Viene entrando la fiesta como una expresión que asiste de forma provocada: una orquesta. Y ahí, cuando el sonido golpetea el paisaje urbano, se hace evidente esa mirada, la del hombre de gris que está a pocos metros, frente a él. Se reconocen, sin saber realmente nada el uno del otro, pero con las intenciones expuestas.

Una enorme masa sigue el ritmo y cruza frente a esos ojos detenidos. A pesar de la intensidad, las miradas se distraen con las mujeres que tambalean muslos, pechos y nalgas. Sin pensarlo, Julio se une a la multitud. «Seguir al carnaval», piensa, «contrastar mi apariencia con el baile, nada que temer para un extranjero, misionero y sin convicciones políticas». Acción corpórea. Con suaves pasos de baile recorre la avenida. La sonrisa de una negra hermosa frente a él motiva su escape y baile. El hombre de gris elogia en su mente la capacidad actoral de aquel infeliz. Lo sigue, caminando a un lado del desfile, aunque el gentío dificulta todo. Julio, cada vez con mayor ímpetu y convencido de su manera de escape, se une y sigue a los demás. De nuevo es un cuerpo en sociedad, parte de un grupo, aunque ser incluido solo consista en zigzaguearse al tempo de los bajos.

En la caravana todos se mueven como muñecos, «todos usan disfraz, todos son la caricatura de una anatomía humana». Tres cuerdas después, entre la multitud, en cuanto tiene oportunidad, Julio huye agachado hacia un callejón,

y sin saberlo camina hasta unas viejas vías de tren. Se esconde dentro de un vagón abandonado. Se sienta, solo, a salvo. Abre el maletín, después de años sin ver un libro, hojea el Libro Mormón. Sin darse cuenta, se sumerge entre palabras e imágenes por varias horas, suficiente tiempo para haber perdido al hombre trajeado. Bajo el techo de ese vagón, con el rectángulo abierto de la ausente puerta que le da la vista de arbustos y el paisaje desolado, reflexiona sobre la relación de ese rectángulo con una pintura.

Saca la cajetilla de cigarros que le dio el viejo y se da cuenta de que está llena de billetes y cinco cigarrillos. Enciende uno y, mientras fuma, aumenta el temor de que el hombre de gris haya informado a la policía y que ahora sean más quienes lo busquen. «Necesito un arma», piensa.

*

Al anochecer, Julio retoma el camino. Preguntando por una zona de cambio llega a la calle Dos, el espacio fronterizo donde puede conseguirse cualquier cosa, incluso una pistola. Consulta a varios hombres dónde puede obtenerla y, después de varias respuestas negativas, uno le sugiere buscar al negro Melleola en el número seis de dicha calle. Se adentra. Las aceras están repletas de negros que charlan recargados sobre las fachadas, alguno que otro fuma un cigarrillo, otros reparten cartas, pero todos dirigen, por unos segundos, la mirada al hombre blanco que está en su territorio.

La casa seis parece abandonada, hasta que un par de gritos demuestran un pleito entre un hombre y una mujer. El idioma ya no es el propio, pero tampoco ajeno; lentamente el portugués se apropia del español. Intimidado por la situación, Julio toca la puerta y un negro abre, mira al religioso con un gesto de arrogancia y, sin mediar palabra, le cierra la puerta en la cara.

Julio toca de nuevo. El negro abre casi dispuesto a golpear a aquel que lo interrumpe, pero Julio dice de inmediato:

—¡Necesito un arma!

Con eso basta para que Melleola abra la puerta por completo y que el falso mormón entre en la casa.

—¡Quítate el impermeable!

Julio obedece.

—Tienes suerte de haber llegado hasta aquí. ¿Tienes papeles?

—Sí.

—¿Los quieres usar?

Julio se mantiene en silencio por unos segundos; después dice:

—Prefiero no pasar una aduana.

Melleola saca un arma del horno de la cocineta y la coloca en la mesa, toma un pedazo de papel y comienza a trazar un pequeño mapa de una desconocida y fácil ruta de escape. Le ofrece un poco de café a Julio y por alguna extraña razón, Julio le confiesa quién es. A cambio, Melleola también le cuenta una parte de su historia, tal vez porque encuentra en este ser errante algo no tan distante de sí mismo. Al terminar, con un precio alto es pagada la ayuda, y por petición de Melleola, en el pago se incluye el llamativo impermeable.

Julio sale de vuelta a la calle y cruza la avenida amenazado por las miradas puestas en él. «Se cumple mi segundo día afuera y sigo vivo», se dice mientras su pensamiento lo hace sonreír. Se pierde entre calles, como había sugerido Melleola, y llega de nuevo al camino de las vías del tren. Las estrellas se dejan ver; en el Cinturón de Orión observa aquella pipa que llevó a través de canciones a los negros del Norte más al Norte para ser hombres libres, libres de la propia humanidad; un rastro de la historia que se repite, un signo nocturno que debe seguir para llegar al Norte como si los tiempos no hubieran cambiado.

Cuando duda sobre su ruta saca el mapa de Melleola. Según sus cálculos no está lejos de la frontera. La noche es nuevamente una aliada; la luz de la luna y las estrellas permiten que el camino sea amable. Son kilómetros los que recorre sobre el llano. Se acalora y se amarra el suéter a la cintura. Tal y como se lo había explicado el negro, debe avanzar hasta encontrar una señal: una gran antena perdida con quién sabe qué antiguas funciones.

Horas después, a lo lejos, Julio observa la antena. Conforme se aproxima, un olor pestilente lo hace recobrar imágenes de prisión. Al estar frente a esa inmensa estructura de hierro, el olor aumenta y observa que debajo de ella hay un cuerpo. «Silvana», piensa. Ese es el olor, un cuerpo pudriéndose durante días, y en este momento sabe que algo anda mal. Ingenuamente ha confiado en Melleola y ahora, una camioneta escondida entre los arbustos y el mismo hombre trajeado de gris, baja de ella y pregunta:

—¿Adónde va?

—Simplemente camino.

—Eso no es lo que dijo el negro. No puede irse. No tiene derecho ni

permiso. No para ustedes.

Ambos se quedan en silencio.

—¿Querés un cigarrillo?

—Bueno. Sé que tu arma no está cargada. Es mejor que te entregués.

—Tranquilo. Voy a sacar un cigarrillo.

Julio se mueve lentamente, adentra su mano en el bolsillo, saca el paquete, toma dos cigarrillos, se queda con uno y le lanza el otro al hombre trajeado, pero no alcanza a llegar y cae ligeramente sobre el pastizal. De nuevo, Julio mete su mano al bolsillo para buscar fuego:

—Disculpa, no tengo tino.

El hombre de gris realiza un gesto de molestia, da un paso hacia adelante y se encoge para levantar el cigarrillo. En ese instante el bolsillo de Julio revienta y el estruendo resuena en el campo, haciendo revolotear a los pájaros que dormían.

—Otra imagen por borrar. Tengo una inmensa sed, incontrolada, absoluta, mezquina, por vivir y de la que no puedo privarme. Lo lamento —le dice al hombre trajeado que se convulsiona sobre el pasto.

Julio, tembloroso, continúa su andar; cada vez que observa sus manos ve primero las huellas de los alambres en las muñecas, marcadas para siempre, y los dedos rotos que tantas veces soñó que perdía, que ahora han quedado torcidos, donde las uñas no apuntan más hacia arriba sino hacia los lados y el dolor aún se manifiesta en movimientos simples como tomar una taza de café o sostener un arma. «Melleola no lo ha traicionado a él sino al oficial», piensa. «Libre», repite con cada inhalación, sabe o intuye que la muerte de aquel hombre representa el final de un ciclo. «La última prueba», se dice para intentar aceptar su acción.

Sin saberlo, cruza de forma ilegal la línea invisible y sin dueño de la frontera. Sale el sol y el calor va en aumento, tal y como lo dijo el pescador. Lanza el Libro Mormón al pastizal y duda si abandonar el arma en el campo. Sería una buena idea para continuar más ligero, pero puede arrepentirse una vez que no tenga dinero ni manera de alimentarse, aunque también sabe que no es un asesino ni un ladrón. Le limpia sus huellas con la camisa y un poco de saliva, y lanza la pistola detrás de unos arbustos. Entre el olor tropical y la humedad, escucha el crujir de sus suelas durante horas en las que quiebra el pasto. El calor se acentúa cada vez más y al mediodía, cuando menos se lo espera, observa a un primer hombre, un campesino arando la tierra. Su

idioma ya no es el mismo:

—*Bom dia!*

—Buenos días.

—Mmm... *Você*... ¿español y religioso? No estoy interesado. Dios ya no existe... ¿Por qué habría de vivir por siempre donde todo es finito?

—Buena pregunta, pero no soy religioso —dice mientras se quita y envuelve la corbata sudada en la mano izquierda y se abre la camisa.

—¿A dónde va?

—Al Norte.

—¿Ha comido ya?

—No, pero el hambre me mata.

—Entonces es momento de pausar. Lo invito a mi casa. Mi nombre es Alfredo García Da Silva. Mi padre fue migrante español...

Al llegar a la casa del campesino todo es alegría: alcohol, *feijoada*, plática distorsionada entre lenguajes, dudas, preguntas, anécdotas y buenas intenciones. Al terminar de comer, el generoso campesino lo trepa a una mula y lo lleva a la estación de autobuses, donde encuentra un transporte a la gran ciudad. Afortunadamente, ya no es necesario ningún registro, así que aborda un ómnibus y, dormido, recorre durante la tarde y la noche más de novecientos kilómetros. A la mañana siguiente, la alegría *brasileira* parece ser de otro mundo. El mar se siente tan cerca que invade el aire con su olor. Cuando baja del vehículo ve a una *garota* que cruza frente a él: preciosa mezcla de rasgos, mulata, pero no se atreve a decirle nada; sin embargo, reconoce por primera vez un buen motivo para volver a empezar.

La tarea comienza entonces, debe tocar las puertas de cada embajada, consulado y organización que pueda salvarlo, si bien tiene que resolver primero dónde dormirá. «Necesito ayuda, soy extranjero y no tengo dónde dormir», repite a algunos transeúntes, pero nadie está interesado en ayudarlo, y a veces ni siquiera comprenden sus palabras. «Una o cien mil personas necesitadas dan un poco lo mismo en las grandes ciudades», se dice. Así que cambia de plan, comienza a preguntar por una pensión económica.

Por la noche, al llegar a la pensión, aunque las camas tienen un pésimo olor, se recuesta satisfecho sabiendo que mañana será mejor. «Libre», piensa una vez más; «y volveré a ver el sol cada día de mi vida». Se acomoda en la

cama sucia, se guarda la cajetilla con el dinero en los calzoncillos y cae rendido en sus sueños. En cuanto la razón lo abandona, su mente dibuja una calle: camina y en una esquina, entre la multitud, aparece un indigente descalzo, cargando un banco y una cabeza de cerdo y pregunta:

—¿Dónde queda la vida?

Julio no sabe qué responder, pero la imagen y la pregunta lo llevan a repetir una secuencia de actos violentos, tortura, gritos. Casi cuatro horas después, se levanta tirando golpes y gritando desesperadamente. Eso basta para despertar a un puñado de vagos que lo echan de la pensión a la calle.

Como no tiene dónde dormir se dirige hacia el mar, guiándose por el olor, la humedad y el sonido de las olas. «Hay dolores y miedos que están más allá de mí.» Al llegar a la playa se tira sobre la arena. Con el frío y la brisa, extraña el impermeable amarillo y se coloca en posición fetal, para evitar el viento, a esperar que pronto amanezca. El resto de la noche se vuelve eterno. El sonido del mar oscuro no le da paz a su mente. Por un instante coloca el dedo índice en el agujero de su pantalón y se pregunta cuánto le costará aceptar esa muerte. Logra dormir por breves lapsos, hasta que lentamente la luz se inicia como una tenue línea blanca por encima del perfecto horizonte que plantea el mar. Con el amanecer, saca el cuaderno para retratar la inmensidad del despuntar del día, y minutos después, sin darse cuenta, como solía sucederle años atrás, se planta un observador por detrás de él: su nombre es Natalia, tiene un rostro mestizo, una dulce mirada y trabaja en una panadería. «A veces, la vida parece una caja de deseos que se van cumpliendo, uno por uno», piensa Julio; claro que él sabe hacer pan y claro que Natalia va a invitarlo: tendrá trabajo, una novia, amor, compañía, una cama..., así que cuando se ofrece, ella dice:

—No.

La conversación termina y cada uno continúa su historia.

*

Inicia el día con visitas a las embajadas. Los empleados de las mismas parecen todavía más torpes que un milico al decir:

—Usted debe ir a su embajada o debe volver a su país para solicitar asilo político en el extranjero.

Eran las dos respuestas más comunes de los burócratas, pero si existen dos

lugares en el mundo donde no debe volver a estar, nunca más, son justamente esa embajada y ese país que lo llevarían de regreso a prisión o a su muerte.

Pasa sus primeras semanas en libertad entre la pensión, las embajadas y la búsqueda de empleo, hasta que un día, después de múltiples trámites burocráticos sin logros, regresa a la playa y se topa con un par de tipos que hablan castellano: ambos tienen pinta de intelectuales, Manuel y Bernard, exiliados, pertenecientes a familias adineradas, de finas facciones, atléticos y dedicados a la crítica y la inactividad pura. Los dos, amigos desde la infancia, se habían exiliado de la misma dictadura que Julio, pero primero habían estado en países primermundistas y luego regresado a América para desarrollar su pasiva huella de analistas y comentaristas de todo, pero con ningún interés en la práctica. Desde este día el par de vagos ayuda a Julio a sobrevivir, dándole techo y pagando el vino, las cervezas y el mate.

Julio empieza a hablar portugués, se acerca a la universidad, consigue un trabajo nocturno de lavalozza y va encontrando el modo de volver a tener una vida digna. Habla con suecos, norteamericanos, chinos, sudafricanos, peruanos, rusos, mexicanos, alemanes, italianos, cada oficina que represente otro pedazo de tierra. Espera por meses, llenando cada mañana papeles, tomando clases, aunque al principio solo pueda entender la mitad. Dibuja todas las tardes imágenes, que a veces logra vender a los turistas, y lava platos y pisos por las noches. Tiene muy claro que debe recuperar años de su vida. En el *inter*, bebe cada tanto con Manuel y Bernard, quienes despreocupadamente miran tangas todo el día en la playa y algunas veces logran algo más con alguna. Son buenos compañeros, sabiendo de las necesidades de su compatriota, siempre pagan las cuentas del bar. Claro, lo hacen a cambio de las historias en prisión, que solo suceden cuando Julio ya lleva varios tragos encima, las mismas que ellos luego repiten, de manera autobiográfica, frente a las damas que poco o nada les creen, a excepción de una historia, la que más les ha impactado y que, por lo mismo, narran tal como la escucharon:

... en el encierro todo parecía una espera eterna y rutinaria, hasta que volví a ver el sol: cuando llegamos al patio, mi visión se nubló por completo, la luz me cegó durante horas, así que solo abrí los ojos medio milímetro y dejé que mis pestañas mostrasen un espacio abarrotado, una

borrosidad casi total. Lentamente mi vista fue recuperándose y expandiéndose; años sin luz no eran para menos.

Un soldado con el pecho a tierra y una ametralladora cuidaba el frente, por si había problemas. En ese momento no sé qué me impresionó más, si el tamaño del arma o los muros de más de diez metros de alto. Tampoco sabía si sonreírle al sol que me cegaba o si su presencia significaba que esa misma mañana moriría bajo su luz de invierno, frente a esos muros y por las balas de esa ametralladora. Un sargento gritó las órdenes a seguir, había que caminar sin detenerse y sin salir del perímetro del enorme patio. No se permitía hablar ni comunicarse, y por ningún motivo podía alguien volver al pabellón. Aquellos muros no custodiaban con más respeto ni silencio que los hombres que vigilaban desde las esquinas, con las armas a la altura de nuestros rostros, y que poco o nada sabían de nosotros.

Cuando traté de mirar al cielo, sentí que aquello era como mirar al revés, como si destapara una caja de zapatos y mirara al interior, con estos minúsculos hombres rotando en cada esquina, como aparatos inservibles realizando una acción absurda. Qué ganas de ser visto: que si había un dios arriba de la caja, en el que nunca había creído antes, observara, el maltrato al que nos habían condicionado. Una hora al sol después de años sin él, una hora caminando por un perímetro rectangular. Fui pisando la arena donde quedaban las huellas de mi existencia y cada tanto dirigía mi rostro hacia la luz, con los ojos cerrados. Volví a ver rasgos del color amarillo, el rojo. Pedí entonces permiso para caminar sin camisa y que el sol me calentara los hombros, el cuello, el pecho y por supuesto, el rostro. Sentí gozosamente cada una de sus picaduras como si fueran calor humano, como si esos rayitos o agujas pobres de mañana penetraran en mí la vida una vez más, y mientras caminaba, repetía una frase que en ese momento le daba sentido a todo: «No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo aguante».

A pesar del frío, sentí calor y, entre mi sombra y lo caído de mis pantalones, me di cuenta de que había perdido demasiado peso, que los dedos de mis pies habían sanado torcidos, pero poco duró la preocupación por mi alimentación y mi peso, cuando uno de los soldados comenzó a seguirnos con la ametralladora recargada en nuestros cráneos, uno por uno y durante varios minutos; tratando de recordarnos el finísimo hilo del

cual pendía nuestra existencia, tan delgado como la piedra que provocase un tropiezo y el disparo inmediato por accidente.

¿Cómo nos verían ellos? Como un montón de fragmentos que caminan tratando de sobrevivir, con apariencia humana, pero que por gustos subversivos nos convertíamos en una porquería maltratable. ¿Y qué podían pensar? Nada, eran milicos.

Tal vez nuestros cuerpos solo hablaban de hambre y dolor, pero la vida de estos cuerpos era la única razón por la que podía tener sentido la humanidad, por aquellos que amaron tanto la existencia como para intervenirla, por los que hicieron el esfuerzo de tratar de concebir un resultado más justo. Nuevamente nos gritaron. Todos formados regresamos al pabellón, los goznes de cada celda se fueron abriendo y cerrando. Con una patada en la espalda regresé a la mía. La pesada y sucia puerta de acero se cerró otra vez. Un aire fresco y solitario llenó el recinto, pero por un instante, antes de entrar, la luz dejó ver las paredes repletas de huellas, miles de manos, muchas de ellas seguramente mías, con formas que representaban necesidades y anhelos en escuálidos y pobres dibujos, en frases y deseos que formaban parte de otro mundo: el de afuera. Y yo volvía a estar en el negro más absoluto y en soledad por otros años.

Cada vez que termina la historia hay dos opciones, que las damas se retiren o que en un llanto abracen al mentiroso Bernard o Manuel, dependiendo de quién la cuente. Afortunadamente, la segunda es la que sucede el noventa y nueve por ciento de las veces. Si Julio se hubiera enterado de estas tácticas de ligue se habrían ganado todo su desprecio.

A mediados de marzo, entre la correspondencia, una carta firmada por la Organización de las Naciones Unidas llega a casa de Bernard y Manuel. En ella se formaliza el apoyo a su compañero Julio. Cuando Manuel encuentra la carta en el buzón, por unos segundos piensa en tomar la identidad del mismo y marcharse de una buena vez, pero cierto juicio, extraño en él, hace que se la entregue a su verdadero destinatario, quien, mostrando su desdentada sonrisa y a gritos, abraza a sus compatriotas y busca parte de sus ahorros para invitarles el desayuno.

Tal vez es porque no lo recuerda, pero al menos, este día Julio está seguro

de que nunca se había sentido tan feliz: sabe que será su último día de este estado transitorio. Después del desayuno le pide prestada su bicicleta a Bernard y sale a recorrer la ciudad: se guarda una imagen continua de todas estas calles, de este aire, de los olores y de la gente que no volverá a ver en mucho tiempo o tal vez nunca. Al día siguiente, se levanta temprano a pesar de que la emoción no lo dejó dormir. Se alista para ir a la oficina de la ONU. Se toma más de una hora para llegar lo más arreglado posible, en aparentar ser un hombre decente, y todo se soluciona a la perfección: la burocracia es amable, recibe la bienvenida de su futuro país, lo resguardan hasta la tarde en una habitación de lujo y finalmente, por la noche, toma el avión para comenzar una nueva vida, en un mundo no tan distinto.

Al subir a la aeronave, le ofrecen un vino que corre entre su paladar y muelas. Cierra los ojos dando un largo respiro de placer, y comienza a imaginarse el futuro. Durante el trayecto toma el cuaderno del maletín y escribe en una hoja en blanco:

Querido amigo:

Parece que al fin soy hombre libre. Si eres el pianista Lemuel Smith que me regaló esta segunda oportunidad y que vivió enamorado de mis pinturas, responde a esta carta.

J.

Cierra el cuaderno y piensa que pronto deberá fotocopiar la carta y enviarla a todos los Lemuel Smith que encuentre registrados. Cuando pisa tierra firme y obtiene un papel donde se establece que tiene derecho a habitar como casi un hombre cualquiera, recibiendo asilo político de México, lo primero que hace es llamar a su viejo. En los meses anteriores, con tres cartas sin firma ni remitente le dejó saber que su camino se iba logrando, pero esta tarde, en la que le llama para festejar, para invitarlo a que venga a su lado, se topa con la noticia de que su viejo ha desaparecido.

III

A pesar de estar bordeada por un sinfín de alambres de púas, desde afuera puede notarse que era una bella casona, aunque al interior fue convertida en un bloque de concreto, simulando firmeza y lo inescrutable de una prisión cualquiera. Entre los milicos, un muchacho abre las puertas del patio y un ventarrón cruza por ese claustro de muros grises y tierra arenosa, levantando las cenizas de los ausentes que por primera vez salen de la prisión.

El fin del conflicto ha llegado y con él, toca esconder las huellas de una guerra bajo la mesa. Los milicos abren las ventanas, quitan cortinas, tablas, tabiques y dejan que la luz entre al edificio. Abren las celdas y, con agua a presión y jabón en polvo, eliminan las marcas de las vidas clausuradas. Tiran los falsos muros interiores que conformaban los calabozos y después de encostalar los escombros, inician el trabajo de pintura, devolviendo el blanco de los muros.

En muchos sentidos los soldados liberan su culpa con un acto de limpieza, como si en la transformación del espacio también pudieran borrar parte de su memoria, los recuerdos en los que, dos días antes, cremaron al resto de los sobrevivientes, los que por ningún motivo convenía devolver al mundo, y de los que repartieron sus cenizas por el patio, recorriendo en un vaivén de polvo los inmensos muros de esa caja de concreto que quedó sin presos por guardar.

Afuera, el viento avanza a gran velocidad, llevándose la hojarasca y las cenizas, recorriendo las calles vacías, al igual que el resto de la ciudad en un día domingo, pero hoy es lunes. Lo digan o no, la ciudad mantiene un toque de queda que nadie impuso pero que se da por hecho. Lentamente, las cenizas y las hojas se alzan hasta volverse naves que sobrevuelan las calles y las plazas abandonadas; cruzan entre los árboles amarillos y naranjas que se agitan y generan un leve sonido ante el silencio del entorno, además del de algún auto que cruza esporádicamente una avenida.

Las casas se han vuelto grises, sus colores pastel se encuentran opacados en una misma tonalidad anodina, mientras que las grandes fachadas, del gobierno y la iglesia, han ganado color, demostrando la imposición de un gobierno que luce edificios impecables, con muros de orden y virtud, mientras todo a su alrededor se desvanece. En las esquinas, los indigentes duermen y desaparecen, aunque nada tengan que ver con un conflicto de ideales, pues su apariencia se contrapone a las fachadas del poder, igual que los perros callejeros, que también desaparecen. Mientras, los gatos, caseros o vagabundos, atestiguan la extrañeza de los hombres, las mujeres y los niños, y sienten el lujo de vagar en una urbe quieta y silenciosa. Uno de estos trepa al balcón de su ama y observa el viento grisáceo que recorre kilómetros a gran velocidad hasta salir de la ciudad, alcanzando los cerros de la Cordillera.

Las montañas, con grandes aves cruzándolas y un fondo de cielo azul, omnipresente, que no demuestra dónde empieza y dónde termina su tono añil, están rodeadas por nubes que resbalan, metamorfoseándose, y se enfrentan al viento y las cenizas que llegan como una fuerza de múltiples capas y que a pesar de su ligereza están obligadas a permanecer, como todos, en la celda planetaria. ¿Y para qué un mundo? Nadie sabe; pero ahí está, y los humanos adaptándose, como se adaptan los animales a ser ágiles o a ser presas, como se adaptan esas aves a estar hambrientas en el desierto de la Cordillera, como se adapta la Tierra al desperdicio humano y a sus ciudades; hacia donde las cenizas continúan avanzando, tres capas arriba de ese viento, y recorren urbes como una mancha dispersa que a lo lejos pareciera una parvada de pájaros minúsculos, suspendidas a una altura en la que el mundo entero se percibe como bloques de pasto, plantíos, zonas secas, montañas, nieve y agua, manchas y formas geométricas. La perspectiva en la que los hombres dejan de tener valor para ser las hormigas ante otros ojos, la mirada desde la que el fin de cada cosa es solamente existir.

Otra corriente de aire hace que las cenizas desciendan hacia los llanos y desde ahí sobrevuelan con toda calma a los caminantes, hombres que cruzan extensiones inmensas de terreno, migrantes que avanzan pero que desde arriba no van para adelante ni para atrás, ni se sabe cuán seca está su boca o cuánto pesa su torso sobre sus cansadas piernas. Solo están en el tiempo, buscando sus vidas posibles, inconformes con todo lo hecho, anhelando un lugar mejor, un espacio por lo menos sincero, inexistente.

Poco a poco, las nubes se tornan grises y comienzan a gotear. El agua

disipa las cenizas y con ellas se tiñe de negro, por unos segundos, hasta absorberlas por completo para hacerlas suyas, de la naturaleza, de las leyes eternas, del esquema general donde se integra al universo e incluso se permiten accidentes, confusiones, choques, maremotos, tormentas, temblores, lo que siempre estará más allá del hombre, más allá de su saber o creer conocer al universo, en el que solo las discordancias pueden narrar la naturaleza humana, cuyo supuesto orden, desde hace más de dos mil años, se tituló razón y donde todo aquello que sale de su concepción debe ser encerrado y condenado a imitar los gestos de un pensamiento inverosímil.

*

Meses después las partículas de cenizas llegan hasta el mar. Frente al Río de la Plata, Colonia despierta. Los pescadores se levantan a trabajar, las cafeterías se abren a los turistas, la luz del sol llega con la lentitud de las palabras uruguayas, con la misma belleza y simpleza de su gente, y va dando brillos sobre las piedras redondas y húmedas que han hecho las calles.

Los motociclistas que recorren la ciudad se dirigen a cualquier sitio. Los habitantes despiertan tranquilos, sin prisa, sin mucho mundo, para volver a estar varados frente a ese mar que representa el fin de esta tierra. Los turistas descansan en los hoteles, las sábanas huelen a humano, la luz natural toca el suelo de las habitaciones en forma de ventana. Los empleados del hotel van por las medialunas, hierven el agua, preparan el desayuno buffet para los huéspedes. La playa se muestra sola y fría, como a nadie le gusta para bañarse. La estación de tren está quieta, igual que hace mil años, pareciera. Los pájaros se posan sobre los árboles e inician la hora de su acto, su ópera matutina.

Un grupo de turistas franceses empaca para partir en el primer buque hacia la gran Buenos Aires. Un viejo pescador, de largos bigotes canos, ha pasado la noche arrullado por el mar sobre su lancha. Levanta las cañas y nota que han caído tres pescados durante la madrugada, «suficiente para empezar un buen día», piensa. Frente a la playa, arriba del local de un restaurante-bar, se despierta el dueño del negocio, enciende la radio y una dulce melodía, entonada por Nina Simone, le recuerda las grandes noches de su pequeño lugar: un legado de recuerdos para tantos turistas, aquel gran pianista argelino y las noches en que tocó. Sabe que tiene que encontrar nuevos músicos para

su local:

—Alguien tiene que matar este silencio —se dice.

En el café de al lado se percibe un poco de ruido, la cafetera antigua, algunos autos que se estacionan, un claxon de motocicleta que asusta a varios peatones alemanes que cruzan la calle, entre ellos mujeres con niños, hombres calvos, mal vestidos, limpios, guapos y feos, y un grupo de jovencitas con minifaldas, cabellos sedosos, cultas, con pantorrillas fuertes, con bolsos de piel, perfumadas, con dudas, risas, arrogancia... que visitan un pueblo más del mundo para tratar de aprender algo. Los meseros sirven varios expresos, mientras un músico de origen brasileño, de gran estatura, canta:

—*Tristeza não tem fim. Felicidade sim...*

Se ubica en la esquina de la cafetería, golpea la boquilla de su trompeta con la palma de su mano produciendo un sonido grave y opaco que da el ritmo de un segundero. Frente a él, hay varias parejas y un grupo de señores que se han sentado a desayunar y a escucharlo. Todos charlan sobre sus días, pasados, presentes y futuros: comer, trabajar, vivir para comer, trabajar para vivir, viajar, pretensiones, regaños e instrucciones para los hijos, este mar, mentiras, el soñar para hacer, el hacer para no aburrirse, la apatía y el tedio, el contar para expresar que las cosas suceden, el porqué del amor o si bastaría con sexo o ser infieles para existir, o si bastaría ser soltero o casado o mejor abuelos.

—*A felicidade é como a gota de orvalho numa pétala de flor. Brilha tranqüila, depois de leve oscila, e cai como uma lágrima de amor...* — continúa cantando el negro con el mar de fondo, en la escala musical de sus olas, escuchando su vaivén, y mientras copla recuerda a su mujer, su tristeza, sus años de felicidad, sus noches, sus días y su negritud. Canta esa canción a capela sin saber que varios de los que están sentados en el café, con los bigotes impecables, las camisas a rayas y que utilizan una cigarrera de plata, son asesinos de vacaciones, militares vestidos de civiles, que bromean, ríen y viven como cualquiera que no carga con haber privado a tantos de existir.

Al levantarse a pedir las propinas, el músico recibe la mejor de los tres hombres de camisa rayada; uno de ellos le pregunta si conoce otra canción: *Moonlight Serenade*. El músico responde que sí, y le asegura tocar la mejor versión de *Serenata ao luar*. La niña que está con los tres hombres, de unos profundos ojos oscuros, vestido azul de verano y pecas sobre las mejillas, le

sonríe al músico. «Me recuerda a alguien», piensa la niña. Tal vez a su padre, que no es el hombre al que ella llama «papá», pero no lo sabe.

El músico comienza. Su versión es precisa, nostálgica y extremadamente suave. La niña, apoyando los brazos sobre la rodilla de «papá», meneaba la cinturita contenta y continúa sonriéndole al músico. Los colegas del supuesto padre se sorprenden con la ternura de la criatura:

—¿Te gusta bailar, reinita? —pregunta uno de ellos y la niña, amable, sin inhibiciones, le sonrío y da una vuelta de bailarina.

«Papá» le sonrío, la besa en la mejilla y dice:

—Sos una cosita hermosa, Mariana.

Y ella vuelve a sonreírle y se le acerca al oído:

—No me digás así, papá, me llamo Leonora.

El padre siente la sangre que le sube a la cabeza y sin saber qué responderle, solo contesta:

—Ese es un nombre muy feo; Mariana es mucho más lindo. ¿De dónde sacaste esa idea?

—No sé, me gusta. —Y gira de nuevo en su baile.

El «papá» se tranquiliza y uno de los amigos abre la cigarrera y saca tres cigarrillos para los colegas. El sol de verano ilumina el puerto con un cálido y uniforme tono de amarillo, y las bromas en la mesa continúan. El músico termina su acto, camina hacia Mariana o Leonora, le regala una paleta y luego va hacia la playa, donde pasará el resto del día solo.

Los tres hombres de rayas siguen charlando, piden la cuenta y vuelven al hotel por sus esposas y el resto de los hijos.

*

Con hieleras, toallas, sombrillas, sillas abatibles y bolsos, los militares y sus familias caminan hacia la playa. Las señoras se ven hermosas en clásicos trajes de baño, coloridos, en blanco, azul y amarillo, con sus cuerpos cuidados para aparentar que nunca han sido madres, a pesar de su rebelde celulitis, y sus largos sombreros de mimbre para que el sol no les dañe el cutis. Al instalarse, las madres sacan de los bolsos todos los juguetes y herramientas para armar castillos de arena. Los niños inician el juego, y ellas platican sobre los maridos e hijos.

Los tres maridos colocan las toallas en el suelo, se quitan las camisas

rayadas y se dedican a inspeccionar a las demás turistas mientras hablan de política y fútbol. Mariana insiste en que no quiere usar el traje de baño porque le molestan los resortes, así que después de una larga discusión, su madre postiza y la mujer a la que llama «tía Ana» le permiten quitárselo. La niña corre desnuda de un lado a otro y luego va con su «padre» para pedirle que nade con ella. El «padre» primero intenta ignorarla y luego le ruega que no insista. Molesta, Mariana, o Leonora, se queda sentada dibujando un cangrejo en la arena.

De pronto, uno de los amigos de sus «padres», a quien llama «tío Hugo», se acerca y la lleva al mar. La niña, asustada pero también contenta de sentir la fuerza con la que llegan las olas, se adentra tomándole la mano. Este la carga cada vez que viene una ola grande y luego la sujeta sobre su antebrazo y la lleva más allá del oleaje, mar adentro. La niña pregunta si hay tiburones; él le responde que sí y le juega una broma con la mano bajo el agua, «mordiéndole» la pantorrilla con los dedos. Para su sorpresa, a la niña no le parece gracioso y comienza a llorar desesperada. Primero intenta calmarla pero como no lo logra, los dos salen del mar. Al llegar a la playa, la niña corre hacia su supuesto padre, y entre llantos dice que la ha mordido un tiburón.

—No te pasó nada, amor —dice él entre risas.

Ella solo lo mira con los ojos hinchados, lo abraza y él la aprieta contra su pecho, le da un beso en la frente y ambos se acurrucan para dormirse bajo el calor, sobre un par de toallas moradas con un aire que acaricia sus pieles.

IV

Alguna vez amé la música, a una mujer, incluso a mi persona, y después me convertí en el más recalcitrante de los escépticos. Me aburrí tanto que dejé de escuchar la voz interna. Cambié vivir por vagar, y tres canciones por esquina fueron suficientes para sobrevivir.

Cuanto más camino más se acentúa mi incredulidad, toda creencia se vuelve menos posible, cada persona menos auténtica. No hay modos correctos ni incorrectos, porque nadie ha inventado nada que valga la pena siquiera considerar. Así que un día cualquiera me marché, porque el hombre de aquel tiempo ya no era yo. Uno cambia, ojalá no fuera tan seguido pero uno no es siquiera dueño de sus actos, menos de lo que la vida hace con uno. Hay demasiadas cosas alrededor y es imposible que no alteren lo que somos, que los millones de habitantes que tiene el mundo no influyan en cada segundo que vivimos. Simplemente salí, con el mismo estuche, con la radio y las prendas debajo del forro, fui a comprar cigarros, se terminó el primero y continué. Seis meses después, me di cuenta de que ya estaba demasiado lejos para volver.

No fue culpa de ella. Todo este tiempo solo he deseado que sea feliz, que encuentre algo por lo que valga la pena haber llegado al mundo. Dudo que lo logre porque no es así, porque casi nadie lo logra. Hasta cierto punto yo lo he encontrado tres veces y desafortunadamente cambio de opinión o es mi opinión la que cambia muy pronto. Incluso ella lo fue alguna una vez, lo que no habría cambiado por nada, ese amor estúpido que le daría permanencia al acto de existir. Pero nunca es así. Al igual que tú, uno está condenado a ser errante.

*

Hace unos años, después de mi retorno, conocí a un hombre en Brasil.

Lucio Oliveira. Una esquina cualquiera, *Blue Moon* con un breve coro en sordina, y simplemente le encantó. Se enamoró de mi interpretación, me felicitó queriéndome abrazar y luego me invitó a cenar con su bella mujer y su niño de cabello rojizo.

Me preguntó lo de siempre: cómo llegué a ser músico, mi nombre, mi origen..., y una media hora después, como buen hombre de negocios, me ofreció un trabajo: tocar en sus reuniones cada jueves a cambio de vivienda y comida de lunes a domingo. Era un tipo generoso. Pero dicho acuerdo cambió al poco tiempo. Pasó de unas lujosas semanas en las que solo tenía que tocar por placer y por una tarde, a las semanas en las que comencé a cuidar de su casa, a cortar el césped, a trabajar horas de niñera y cumplir con las labores de casi un peón. No tenía nada que perder, así que me adapté por un tiempo, al menos por unos meses hasta que largarme fuese de nuevo algo necesario.

El tipo vivía en un condominio de familias ricas. Las casas de madera, al estilo gringo, con vecinos a diez metros de separación. Era un pequeño paraíso en el que todos creían vivir una vida perfecta, en un Brasil que se desmoronaba debido a la corrupción de esas familias. El césped era el más verde e impecable que alguna vez vi, siempre bien cortado, en parte por mí, y contrastando con las fachadas color pastel. Había una piscina en cada casa y una olímpica en el área común. Niños sanos, rubios y castaños jugando al fútbol sin camiseta, árboles frutales en cada banqueta, máxima velocidad para los autos: diez kilómetros por hora. Bicicletas, triciclos y patines recorriendo todas las tardes el circuito, y niñas hermosas que se escondían por los rincones para dar besos bajo un árbol o mostrar la vulva por primera vez. Todo normal.

Los niños asistían a la misma escuela para recibir una escolaridad enfocada en mentes de negocios. Los maridos tenían algún auto exótico y eran fanáticos del fútbol, el *box*, el americano, el tenis, cualquier deporte. Las esposas, delgadas, altas y bellas, competían por todo; eran expertas en mirar el televisor, con posgrado en telenovelas mexicanas y series estadounidenses, y en ocultar su infelicidad. Para educar a los hijos en casa, estaban las domésticas: morenas, sumisas y, gracias al buen salario, fieles como un buen perro. Una vida de revista, estilo tienda departamental, interpretada en Latinoamérica, con un toque de elegancia europea y con toda la torpeza de un imaginario concebido a partir de la publicidad.

Sin embargo, cada jueves, una vez comprados los últimos artículos de moda, su aburrimiento era tal, que las parejas se reunían con la excusa del dominó para beber *caipirinhas*, presumir de sus adquisiciones, hablar de los hijos, revisar la vestimenta del otro, el culo de la vecina, la calvicie en aumento, el perfume de moda, las banalidades de los nuevos ricos, y escupir, como verborrea, todas las pretensiones de la supuesta aristocracia y la estupidez que hace de los burgueses seres tan mezquinos. Y ahí era donde yo participaba, colocaba mis pistas de *jazz*, pianistas como Evans, Monk, Peterson..., y armonizaba con la trompeta, haciendo que las damas menearan las caderas, me regalaran dulces miradas, y una que otra pareja se levantara a bailar un suave paso *brasileiro*. Era mi turno de entretener, la amargura de este negro pretendiendo ser un *showman*.

Una noche, veraniega y de luna llena, el exceso de calor y copas pudieron más que de costumbre. El cantinero, Ricky, intentó que no bebieran tanto, pero los tragos, los vapores, el aburrimiento y el sudor llegaron a tal exceso, que el tipo de la casa siete, que con su mirada evidenciaba cómo se le reventaban los testículos cada vez que observaba a la mujer de la casa uno, propuso el juego: de llaves. Intercambiar las llaves de las casas. En las veintiuna viviendas, a excepción de la diez, en la que habitaba una pareja de ancianos que no asistían a las reuniones; las esposas debían prepararse para meterse en cama y los maridos entrarían por azar a cualquier casa, dependiendo del número de llave obtenido a la suerte.

Los hombres no estaban seguros de participar en el juego, sentían un poco de celos; sin embargo, la curiosidad colectiva y el aburrimiento, que parecían los líderes del grupo, fueron más fuertes. Las mujeres, renuentes y ofendidas, se negaron al principio, pero el convencimiento de los maridos como una sola voz, las hizo reevaluar la situación y trataron de complacer a sus esposos como un juego de amigas, y se retiraron. Mientras, ellos se envalentonaron con ron. Ricky recogía y numeraba las llaves con un *masking tape*; yo las metía en la cubeta con hielos y las revolvía, para luego ofrecerlas y que cada uno tomara su llave sorpresa.

Claramente, el de la casa siete hizo todas las trampas posibles para conseguir la llave de la uno. El de la casa catorce, por accidente, tomó su propia llave, lo interpretó como una señal; prefirió entonces no aceptar el juego y se marchó con su llave. El pecho y el rostro de su mujer eran tan falsos que nadie se interesó en abuchearlo. El resto, emocionados, una vez

que todas las llaves se habían remojado entre hielos, continuaron sacándolas una por una.

Nadie contó lo que sucedió esa noche, ni siquiera entre parejas, pero dicha acción se convirtió en el juego de cada jueves. Revivieron. Nunca se mostraron tan satisfechos. De pronto, el condominio se transformó en una suerte de edén, caluroso, donde los hombres se volvieron exitosos en el trabajo, dormían plácidamente, deseaban más a su mujer y a las ajenas, y estos burgueses sintieron que por fin habían encontrado el secreto de la felicidad; incluso se sintieron hermanados a sus vecinos a tal grado que comenzaron a llamarse *irmão* los unos a los otros. Y la dinámica se perfeccionó así: los jueves, todos se preparaban en casa desde las siete, se ponían lujosas ropas, se bañaban, peinaban y perfumaban. Reunión de parejas a las ocho y media en el salón de juegos: copas, cartas, risas, dominó y, claro, mi *show* de nueve a once. Las mujeres se retiraban entonces, se quedaban en ropa interior, se perfumaban de nuevo y, recostadas en cama, buscaban una pose hasta la llegada del inesperado vecino.

Casi todas deseaban al de la casa siete, atlético, enérgico y alto; presumían entre voces que retenía la eyaculación durante una hora y media, y se venía siempre en los últimos minutos; lo cual sirvió para reglamentar el tiempo del juego, ciento cuarenta minutos exactos; en cambio, el de la casa trece, con un enorme pene que les alcanzaba el útero, lastimosamente, terminaba antes de los diez minutos y se dormía. «Nada placentero», decían.

A las once comenzaba la jugada de dominó para los hombres, que aguardaban durante una hora como perros sedientos sin dar la menor importancia al dominó. En realidad era solo el ritual de bestias para intercambiar fichas con una mezcla de odio y placer, para desearse suerte e imaginar cómo cogerse a la mujer del contrincante en la próxima hora. Una vez remojados el bronce y el *masking tape*, ofrecía la cubeta llena de llaves a cada hombre. El intercambio duraba pocos minutos. Para entonces ya reconocía a cada uno por su debido número de casa.

Ellos metían la mano, ocultaban la llave en su palma, la revisaban sin que nadie los viera y salían del salón. Cuando la llave era la de su dueño tenía derecho a regresarla y a elegir de nuevo. La sonrisa les cambiaba, y varias veces descubrí al de la siete devolviendo la llave para intentar por segunda vez sacar la uno, aunque casi nunca lo lograba. Sin embargo, compró siempre mi silencio con una buena propina. Después, tenían dos horas y veinte para

hacer lo que les diera la gana con la mujer ajena. Se permitía todo: anal, oral, hasta por las orejas si les venía en gana. Las reglas solo eran dos: nunca mencionar lo que había sucedido, ni a hombres ni a mujeres, y realizar el acto con las luces apagadas, una regla de las mujeres.

Minutos antes de la una, todos los maridos corrían de regreso a casa escondiéndose entre árboles y jardines para que nadie supiera de qué casa habían salido. Llegaban a su cama, donde había estado otro hombre, y el olor era una mezcla entre un componente ya conocido y un nuevo tipo de sudor. Se tiraban en cama —generalmente las mujeres ya se hacían las dormidas— y en silencio disfrutaban de las horas recién vividas, como el placer de una gran película, si no era el de la mejor película de sus vidas. Pero ¿cuánto les podía durar el edén? El asunto funcionó durante unos seis meses. Lentamente el juego se fue saliendo de control, las miradas entre vecinos ganaron perversidad, las cogidas dejaron de darse solamente en jueves, y sobre todo, las mujeres de las casas nueve y uno fueron bastante frecuentadas.

Algunos maridos iniciaron con breves ausencias del trabajo, por unas horas, en lunes u otros días de la semana; con toda la discreción posible los maridos tocaban el timbre de una vecina, y lograban trozos del paraíso inventado a luz de día. Y yo, como otro esclavo del condominio, los miraba con mi podadora, sin involucrarme en problemas, escuchando una que otra historia y sin asentir cuando los maridos engañados me preguntaban si había notado algo extraño por la mañana.

Una noche de jueves, el marido de la casa dos bebió tanto que no pudo llegar a la habitación que le correspondía, así que lo suplí con una tremenda revolcada a la de la trece. Creo que ella supo de inmediato que esta vez era un plebeyo el que la atendía en su cama, pero no expresó queja alguna, como ninguna mujer la ha dado por un salami africano. El marido de la casa dos despertó tan adolorido que ni cuenta se dio de lo que había pasado. Y como a mí siempre me gustaron las mujeres, incluso más que la misma música, cada tanto acordé con Ricky emborrachar de más a dos maridos por jueves y abandonarlos en el bar. La cosa funcionó, aunque no siempre. A veces, incluso, logramos emborrachar a cinco maridos. Conforme transcurrieron los meses, pasé de músico, niñoero, jardinero, cuidador, segundo cantinero... a «sexo servidor y confesor» a toda hora y para todas las señoras. Qué tiempos.

Pero la mujer de la casa nueve no tuvo límites. Había días en los que me llamaba más de tres veces, y además le abría la puerta a cualquier vecino que tuviese un poco de ánimo. Poco a poco, todos se dieron cuenta de que el nueve era un común denominador. Los celos se propagaron; al principio los hombres se preocuparon por el marido de esa casa, pero después todos dudaron de sus propias esposas y empezaron a espiarlas, surgieron las riñas y los encuentros sexuales fueron cada vez más violentos, dejando moretones, rasguños y mordidas. Idiotas, ¿sabes?

Otro jueves, cuando las mujeres se retiraron a las once, el juego de dominó se encontró más aburrido que de costumbre. De manera inexplicable alguien se encargó de hacer veintiún copias de la misma llave y las puso en la cubeta, las revolvió con las otras diecinueve y, por una probabilidad matemática, doce maridos se vieron de pronto frente a la misma casa. En lugar de negarse a participar, todos entraron. Nuevo juego: doce hombres multiplicados por tres orificios, penetraron a aquella mujer hasta matarla. Entre ellos, el propio marido.

A la mañana siguiente me marché. No supe más. Me llevé mi trompeta, una buena chaqueta de uno de los maridos y un arma que encontré en el armario de la misma casa, junto con la máquina para copiar llaves. Lo demás ya no era asunto mío. Quién sabe cuánto odio pudieron provocar en Lucio las acciones de su mujer. Un día después, en las noticias, se habló de un acto de violación con una docena de sémenes distintos. De nuevo caminé por varios días, más al Sur. En plena frontera con el Uruguay vendí la máquina y el arma y, de ser el trompetista Melleola en el arrabal, volví a ser apodado el Negro Melleola. Un negro sin rostro, un negro más. Tan negro que demasiada iluminación me opaca y la falta de luz disipa las líneas de mi cara.

Con los días, la gente fue reconociendo en un negro con trompeta a un contrabandista de armas, papeles y demás. Ser negro en un mundo tan perverso como este no es cualquier cosa. Hasta cierto punto, desde ese momento en el Uruguay me convertí en un mito, un personaje maligno y, mientras la mayoría de la gente se alejaba de mí, los más «oscuros» personajes se fueron acercando cada día más para ofrecerme tratos y negocios de lo que el mundo suele llamar «mercado negro»; vaya causalidad.

¿Por qué los acepté? No lo sé, tal vez para sentirme vivo. Cada vez que huyo o se logra un trato, me emociona saber que no tengo nada que perder. Bueno, salud. ¿Otro café? Trescientos por el arma, misionero de dios, y el

impermeable es mío.

*

Sin saber a dónde ir, o porque no tenía a dónde, Melleola pasa por varios pueblos más auténticos que las ciudades, donde la gente guarda cierto grado de identidad, un poco más libres de la influencia occidental; lugares donde no importa si se está hoy, veinte años antes o treinta y cinco después, ya que en esencia siempre serán lo mismo: un ritmo lento, al compás del apaciguamiento, siendo todo lo que las grandes ciudades se negaron a ser. Entre estos pueblos, Melleola se topa con una ciudad colonial, de puerto, húmeda, melancólica, con unos cuantos restaurantes y bares que contemplan el mar. Donde el portugués lentamente abandona al castellano mientras el italiano se inmiscuye en la pronunciación: Colonia del Sacramento, Uruguay.

Se queda por unas semanas frías, del invierno del Sur. Y en menos de tres días es contratado por el mejor restaurantero del lugar. Comida a cambio de tocar, más las propinas de los clientes. El puerto es ideal para visitarlo por unas horas, mirar el mar desde tierra y marcharse. Los viajeros son de todo tipo y nacionalidad. Alguna que otra vez, Melleola se enamora de la belleza de una mujer y toca inspirado por ella. Cuando se luce nunca es igual una pieza; la interpretación varía con los motivos, como lo hacen los pájaros que levantan el pecho y la cola para pintarse de azul, mostrando toda la belleza de un acto extravagante.

Tras decidir quedarse en ese pueblo, una semana después se inaugura una exposición en el restaurante donde toca y que también sirve de galería. El lugar está lleno de gente que, entre copas, quesos, galletas, platos y palabras, observa los cuadros. Cuando Melleola está a punto de empezar su repertorio, entra uno de los personajes más singulares que conocerá en su vida. El hombre tiene aspecto de estadounidense: el cabello castaño claro, unos pequeños ojos celestes, el rostro vacío que habla de un origen superfluo y unos dedos que le escurren de las manos como brazos.

Cuando el negro alza la trompeta, el estadounidense es el más atento de todo el público. Se dedica a mirar sus movimientos. No se interesa más por las pinturas ni los presentes, solo en la trompeta. Melleola comienza con *My*

Funny Valentine, un clásico, para que todos reconozcan lo que está por empezar; aunque su versión es mucho más amarga que todas las conocidas. El gringo mide el ritmo de la música con un ligero movimiento de su pie derecho, como pedaleando un piano que, en su cabeza, acompaña al negro, y que es acorde con el tamaño de sus dedos.

Cuando termina la primera ronda, siete canciones, el hombre se acerca a Melleola, se presenta como Lemuel Smith y dice lo que ya era obvio: su vocación como pianista y que quiere tocar con el negro. De inmediato, Melleola lo lleva al tercer bar de la cuadra, donde días antes ha descubierto un piano. Al entrar, las miradas se dirigen hacia ambos; juntos, un tipo africano de tamaño monumental y un rubio nervioso, con el rostro carcomido, parecen exóticos para el resto. Lemuel evalúa el piano con un juego de acordes y dice:

—*Ready?*

—*Always* —contesta el negro.

Comienza el pianista, una revoltura de bajos a punto de formar algo, hasta que entra en ritmo. «Probablemente es el mejor pianista con el que haya tocado», piensa el negro. El tipo se come el instrumento con las manos, parece hacer flotar esa inmensa maquinaria de madera y metal, sin que su cuerpo se mueva, como un tronco hasta los codos y las rodillas, pero haciendo de las manos un enjambre que recorre cada tecla. El negro se adentra. El sonido se vuelve una competencia, cada tanto se sorprenden mutuamente, pero mientras las manos de Smith se cansan, el negro tiene sudor en la frente, en los nervios, en los nudillos, en los pulmones pero cuando esa boca africana libera al animal nada lo contiene: el público aprende a amar el *jazz*, suda de excitación: palmas, gritos y chiflidos auténticos.

Melleola toca sin agotarse. Inhala. Exhala. Su cuerpo es una máquina de los dedos de los pies a la nuca, un latido que aumenta. Con cada soplido logra movimientos perfectos, infinitos, impulsivos, un *jazz* abstracto, tribal, Coltrane, Juno Lewis, *Kulu Sé Mama*, saxo, contrabajo, percusión, vocales, clarinete, todo se funde en una trompeta hasta lograr que las manos y el aire se vuelvan de otro, del sonido, y el latir del corazón aumenta para que el alma se despoje del cuerpo a gritos y los movimientos sean, por cuenta propia, de la música, del *jazz*.

Esa noche, la belleza en lo efímero y lo intangible trasciende más allá de lo que un hombre puede entender. Cada uno se lleva a su cama a una de las dos

israelíes que los han escuchado tocar. Los buenos trucos tienen un mejor pago que el dinero: «la admiración que lleva directo al sexo», piensa el negro. «Pero ¿quién entiende al mago después del truco? Nadie. Los aplausos, las felicitaciones, los besos, el sexo, muchas veces no bastan».

Mientras la israelí duerme, Melleola se queda mirando la ventana, escuchando el mar en ese puerto, y golpeando con el dedo gordo del pie el cordón que enciende el ventilador del techo. Mata más de tres horas de aburrimiento hasta que por fin cae, agotado de estar vivo, de no sentir nada y a sabiendas de que ella entiende muy poco o nada del portugués, le habla en su lengua materna:

—Cuando se es músico la gente piensa que uno está bendecido por este oficio, que a donde vaya, una vez que abre la maleta negra y saca el instrumento, se reparte felicidad, se vuelve uno exitoso frente a los otros, un perro con gracia, un animal especial, domado para hacer trucos sonoros, divididos en escalas, multiplicados por millones de probabilidades y mezclas; y el secreto es hacer que parezca fácil, que el ruido tome forma, que rompa con su vulgaridad y dé la impresión de que uno nació virtuoso.

*

A la mañana siguiente, Lemuel Smith se levanta desconcertado y con dolor de cabeza. Con toda libertad, prepara café. La israelí con la que compartió la cama se cubre el rostro con las sábanas y se queda como un bulto de pliegues. La otra israelí, que ha pasado la noche con Melleola, de hermoso rostro, despeinada como una niña recién levantada, pero con toda su figura expuesta bajo una camisa de lino de talla extra grande, saluda amablemente al norteamericano y entra al baño. Al cerrar la puerta, el chirrido y el choque de la madera contra el marco despiertan a Melleola.

El apartamento está sucio y descuidado, no hay un solo mueble, a excepción de una vieja mesa endeble, una silla, dos colchones; las paredes derruidas muestran los distintos colores de los que alguna vez han estado pintadas, pero el lugar tiene ese grado de descuido que le da carácter a las cosas, tal vez por eso el negro lo eligió como hogar. Melleola se levanta, sale de su recámara y con el guiño de un ojo saluda al norteamericano. Camina hasta él, le arrebató la jarra de café para servirselo hirviendo y le da un gran trago. El norteamericano se sorprende por la temperatura a la que lo bebe,

pero no dice nada. Melleola suelta un suspiro después del café hirviendo, con un aliento de mañana purificado y que espera sediento un cigarrillo. El negro le muestra la cajetilla a Lemuel y ambos salen al balcón.

La perspectiva y la brisa son exquisitas. Lemuel saca un cigarro, le regresa la cajetilla a Melleola y pregunta:

—*Why are you wasting yourself here?*

—No lo sé.

—*What a waste then: no saber.*

—Tal vez, *for pleasure...*

—*But why?*

—Si lo explicara no lo entenderías.

—¿Crees que no soy capaz de entender?

—¿Qué haces tú aquí, gringo?

—Espero a alguien.

Melleola no le da importancia. Se aleja del balcón sintiendo la jaqueca por la noche acontecida o provocada. Enciende la radio, su segunda pertenencia después de la trompeta, un pequeño aparato alemán que cabe en el forro del maletín, además de tres camisas, dos pantalones y ropa interior. En la radio se anuncia el inicio de una guerra, más al Norte. El conflicto, a pesar de los múltiples disfraces que aparenta, es, como siempre, por dinero y recursos. Otra guerra desigual contra los pobres que solo pueden participar con pensamientos y carne de cañón. «Un mundo en constante replanteamiento por la furia y la estupidez del hombre», piensa Lemuel.

Melleola, a diferencia de los demás, no se aflige por la noticia, no es su país ni el que habita, así que en su cabeza confirma una razón más para seguir ahí, en una nación donde los negros no deben nada y donde si se mantiene lejos de la política vivirá a salvo.

—¡Qué hijos de puta! —dice la israelí al salir del baño.

Lemuel Smith, sabiendo que su país siempre está detrás de los conflictos, se queda callado mirando por el balcón. Melleola, con el cinismo de siempre, le contesta:

—No más que los judíos con los palestinos.

La mujer no responde y Lemuel cambia el tema:

—Mañana parto para Tucumán —dice Lemuel.

—¿Y a qué vas? —pregunta la israelí.

—No lo sé, *for pleasure* —contesta burlándose. Sin embargo, nuevamente

el negro pasa de largo el comentario.

La israelí, que durmió con Lemuel en la sala vacía, despierta, se quita las cobijas de encima y se levanta completamente desnuda. Se sirve una taza de café con la misma confianza que lo han hecho los demás. Los cuatro se sienten agotados. La noche anterior ha sido demasiado afrodisíaca y cuando eso sucede, la vida normal, la del día a día y con la presencia del sol, hace que los seres nocturnos se sientan como una suerte de vampiros, ajenos, en podredumbre y solo capaces de revivir con la luz difusa, lejana y blanca de la luna que les llegará de vuelta en unas horas.

De pronto, Lemuel les sugiere que lo acompañen en su viaje, que al menos vayan con él a Buenos Aires; y como las israelíes están en su gran *tour* sudamericano, aceptan. Melleola, como todos los solitarios, duda por varios minutos: la compañía, más que una diversión, casi siempre se convierte en una carga. No es lo suyo estar rodeado de gente, pero tampoco está a gusto solo, así que acepta.

Al mediodía, nublado y lluvioso, salen los cuatro rumbo al Oeste para llegar en tres horas a la gran capital del Sur. Cuatro extranjeros que entran en un país en dictadura. Y lo que ellos piensan que se volverá solamente una aventura de días, pasa a convertirse en un *modus vivendi*. Se instalan en un viejo hotel de la 9 de Julio y se quedan ahí, viviendo su *Rayuela*: dos hombres, negro y blanco, que intercambiaban amantes: dos israelíes de finas facciones, ojos grandes, cabellos exóticos, que se rebelan contra las costumbres de su pueblo y que son infieles a su patria y religión al estar con un par de gentiles.

Las primeras noches comienzan en San Telmo, el viejo barrio de arrabal, repleto de ladrones, vagos, *hippies*, bohemios, comunistas y perseguidos. Del Parque Lezama a los bares más abandonados. Noches acompañadas de vino, gritos, bailes y ruido, «mucho ruido, pero bien pagado». Después de varios años, Melleola vuelve a ser un éxito frente al público gracias al buen compañero que ha encontrado. Las zonas donde tocan van en ascenso, pasan de barecitos descuidados a teatros de renombre. Incluso, semanas después, son invitados a participar en un festival de *jazz* italiano en el Teatro Colón, donde la mayoría de los asistentes resultan ser militares y sus familias. Y aunque no tienen nada de italianos ni el renombre de ninguno de los músicos invitados ni se interesan por deslumbrar, Melleola y Lemuel lo hacen mejor que nadie.

A los dos meses, Lemuel considera la posibilidad de comprar un piano. Melleola le da parte de su dinero e incluso las amantes, mantenidas por ambos, también aportan algunos ahorros. Durante esa época lo mismo les da tocar en el departamento que tocar afuera. Las israelíes, en plena rebeldía, han ido buscando, analizando y recogiendo cada droga posible por probar. Lo mismo hace Lemuel, a pesar de que todas las mañanas sale a caminar al puerto, bajo la excusa de que espera encontrar a alguien, pero a nadie le consta qué hace de las nueve a las cuatro de la tarde. Y Melleola, que no se interesa por las drogas ni por sus consumidores, los abandona de madrugada para vagar por horas. Las grandes ciudades siempre han sido su delirio: perderse entre calles donde por largos ratos reflexiona.

Una madrugada, Melleola camina por la gran avenida y se detiene en un puente. Observa las luces que se contraponen entre el piso y el cielo y que, a pesar de la opacidad que inunda las calles, se reflejan manchas amarillas, blancas, azules, rojas que se funden hasta la ausencia que rodea a la urbe. Los automóviles se escuchan a lo lejos, forzando los motores y retumbando sobre los edificios. La soledad de la calle respira la contaminación del aire, y conforme cae la madrugada disminuye el viento y aumenta la niebla, cubriendo los faroles que parpadean y haciendo que los cables dejen de crujir.

Melleola nota la luna como un punto de serenidad en el espacio, aunque el silencio se quebranta continuamente con el violento golpeteo de una lámina que dice: «Av. 9 de julio». Las dos líneas amarillas sobre el pavimento y bajo el puente lo cautivan por horas; son una eterna tentación para desaparecer. Melleola sube al barandal, se queda sentado, mira su entorno, y comienza a recordar una historia, el pasado que se proyecta en los pensamientos.

A unas cuerdas oye un par de tacones acercarse. Su oído conecta al mundo con su tímpano. Coincide con la lejanía y la espacialidad: un mal apoyo de un talón; viene de Norte a Sur y a ese ritmo le tomará dos minutos aproximadamente cruzar por debajo de este puente. De pronto, ladridos a más de tres cuerdas, gritos de varios hombres apresados en una azotea. Su oído musical funciona como un don. Cada tanto, Melleola clausura el bullicio con un bostezo, se guarda tres segundos dentro de sí, y cuenta hasta que llega otra explosión sonora. Respira profundo, un, dos, tres, cuatro, cinco y oye:

—¿Qué haces? ¡Bájate de ahí!

Melleola voltea a ver a la persona que lo interrumpe y simplemente dice:

—¿Por qué siempre hay alguien que sobra?

—¿De qué hablas, negrito? ¡Bájate de ahí! —dice la chica de grandes hombros y pechos, vestida con una minifalda atigrada— ¡Si te caes de ahí te matas!

Melleola baja la cabeza. Piensa que no vale la pena discutir y detiene su acto debido a esta presencia que le resulta obscena.

—¿Cuánto cobras?

—Depende, negrito. Si te sientes muy solito te lo dejo más barato. Me llamo Muxe.

—No me importa tu nombre.

—¡Oye, pero no puedes ser tan grosero! ¿De dónde eres, negrito?

—De otro país.

—Yo también. Pero ¿de dónde?

—Qué importa.

—¿Qué traes en ese estuche?

—¡*Chau!*

Al volver hacia el hotel-apartamento, a unos pocos metros de la entrada, Melleola se encuentra sobre la acera con un sinfín de maderas tiradas, cosa que en una ciudad donde los cartoneros destruyen las bolsas para encontrar algo de valor, no habría sido raro; pero conforme se acerca descubre que entre los fragmentos de madera hay pequeños resortes y piezas de metal. Continúa caminando y ve la sombra de los pedazos de madera negra que se enciman unos con otros, como si fuera un bulto de leña por encender. Al levantar un trozo blanco reconoce que es una tecla: un piano ha sido lanzado por una ventana. Mira hacia arriba, su ventana está rota, y debajo del montón de maderas hay un cuerpo, tal vez dos.

No sube para entender lo que ha sucedido. Por el zapato de aquellos pies que se asoman debajo del instrumento, sabe que ahí ha quedado una de las israelíes. Como tantas veces, Melleola continúa su camino. Va hasta el muelle y decide tomar la próxima embarcación para volver al Uruguay. Lo último que le interesa es pasar una época en la cárcel o en juicios, donde equívoca o corruptamente puedan involucrarlo. Al sentarse a esperar su salida, piensa que estuvo tres meses donde nunca debió haber estado, volvió a ser parte de un grupo. Y al que considera el mejor de los pianistas, seguramente drogado, se acaba de convertir en un asesino prófugo o probablemente muerto en la sala del apartamento, o tal vez ni siquiera culpable.

Para Melleola el destino de Lemuel fue algo de lo que no quiso saber, pero el investigador del caso, Gibrán Ferreira, describió la escena del crimen como una imagen en la que dos jóvenes drogadas habían quitado el freno del piano y lo habían usado como un juguete de ruedas, que en algún punto, quien empujaba el piano, con ellas arriba, y sobre la vieja y resbalosa tarima de aquel apartamento, había perdido el control del mismo y la media tonelada de un viejo instrumento alemán había destruido el ventanal y terminado con la vida de las dos israelíes.

Al abordar, el buque se despide del muelle con el fuerte sonar de su bocina, profunda y grave. Minutos después y sin pedir dinero, Melleola se acerca al frente del barco, saca su trompeta y con una música melancólica acompaña el paisaje nublado, la leve lluvia, el mar. A los pocos minutos, tiene una admiradora que lo observa, con unos ojos tristes y hermosos que lo invitan a seguir tocando. No cruzan palabra, pero cada vez que termina una melodía, ella sonríe sin aplaudirle. Al llegar al puerto de Colonia, se despiden con la mirada, sin saber que a la noche siguiente ella estará en el mismo restaurante donde Melleola tiene un empleo asegurado.

Melleola vuelve al apartamento que rentaba, paga la renta de los meses en que lo abandonó y se recuesta por horas en la misma cama polvosa que la israelí y él habían dejado destendida. Al día siguiente, el negro se pasa el día recordando aquellas amistades perdidas como muchas otras. Al caer la noche, llega al restaurante. La mujer del barco está ahí. Melleola la mira con todo el encanto de una sonrisa blanca en contraste con su piel, y ella, con uno de esos rostros peculiares que tienen muchos franceses, bellos, pero con una chispa caricaturesca, sonríe de vuelta abriendo paso a una conversación:

—¿Crees que vale la pena estar aquí? —pregunta Melleola.

—¿En este restaurante?

—No, en la vida.

Ella se ríe:

—No tenemos muchas opciones, ninguno escogió llegar, así que más vale estar.

Después de mucho tiempo, siente que tiene a alguien especial enfrente, en esa chica de ojos profundos y de largas pestañas. Así que tira de una silla, toma asiento y sin empezar con los clichés de una conversación, pregunta:

—¿Tú podrías ser una compañera a largo plazo?

Ella extiende la boca, muestra los dientes, aprieta la nariz, evade la mirada

del negro, por unos segundos, y luego la regresa directo a los ojos de Melleola, pero no dice nada. El negro se levanta de la mesa, habla con su viejo patrón, el dueño del restaurante, e inicia la trompeta. La toca como si fuera una flauta, distanciándose milimétricamente de la boquilla para que cruce más aire entre sus labios y el metal. En la melodía más dulce que conoce, le regala a esa dama una satisfacción absoluta durante los cinco minutos que puede durar su versión de *Peace Piece*.

Ella, con una copa de vino entre las manos, deja que escurran de sus ojos tristes un par de lágrimas de placer, simplemente por estar o por saber que en ese momento es gloriosa por ver, oler y escuchar en este puerto, frente al mar, con el trompetista tocando para ella, y saber que está viva después del sinfín de historias de amor, de fracasos, de amistades, de dudas, y le agradece con una sonrisa a Melleola que esté ahí; como dos almas incomprendidas que se topan y que, al menos, reconocen en el presente inmediato un estado de paz.

Melleola es otro, como si tratara de perdonarse en esa mirada lo acontecido en Buenos Aires, como si por primera vez, después de años, algo le dijera que entre ellos dos hay un par de cuerpos que pueden completarse, aunque sea de manera efímera, como todo en su vida, como toda su obra, a sabiendas de que si su historia de amor resultara a nadie le interesaría saberla, ni siquiera a ellos mismos, porque en Occidente solo se propagan las historias del desamor.

El mejor Melleola posible comienza a amar a una desconocida por pura intuición. Algo le ha enseñado la vida a un vago; entre tanta gente que ha conocido puede reconocer que aquella mujer no se parece a ninguna. No la lleva a su apartamento la primera noche, la acompaña a su hotel, se despide con un beso en la mejilla y la deja en la puerta esperando a que entre a salvo. Piensa en ella durante la madrugada y, como pocas mañanas, se despierta con el sol, deseando estar frente a ese hotel para ser el primero en verla. Sabe que en ella podrá volver a encontrar un tipo de felicidad momentánea o, por lo menos, enamorarse una vez más.

*

Al salir del hotel, la francesa lo mira molesta. Melleola la ha esperado desde las ocho de la mañana.

—¿Voy a tener que estar contigo durante todo mi viaje?

—Si quieres me voy —responde el negro.

—¿Para qué insistir en algo que no va a funcionar?

—¿Qué es lo que no ha funcionado?

—Olvídalo.

—Creo que hay algo entre tú y yo...

—No me interesa tu nombre ni tu persona ni tu vida. Lo lamento, solo disfruté de tu música.

«Vaya», se dice Melleola; «y yo que me sentía el gran hijo de puta». Se aleja unos pasos y cuando parece que todo ha terminado, ella pregunta:

—¿Vas a tocar esta noche?

—No es asunto tuyo.

La francesa se da la vuelta, y él hace lo mismo en dirección opuesta, aunque sin rumbo. El silencio y la soledad regresan a su vida; de nuevo, el negro no está conforme. Vuelve a su apartamento, coloca sus viejos casetes en la radio, se recuesta en la cama mirando las manchas de humedad del techo y se pasa la mañana memorizando en sus labios las canciones conocidas. Por la tarde, sale a caminar en el caluroso pueblo. Frente a él cruza una orquesta de candombe que fascina a los turistas pero no a Melleola. Sigue avanzando hasta llegar a la playa. Mira el atardecer por varias horas, sin entender si hay algo bello en él o simplemente lo mira porque eso hacen los humanos, «creaturas que contemplan y cuestionan su entorno», piensa.

Durante los minutos de ocio enciende varios cigarrillos que luego apaga en la suela del zapato y guarda las colillas en los bolsillos del pantalón. Esa tarde, el mar está intranquilo, golpea con gran fuerza la playa y la violencia con la que el agua se azota contra sí misma le recuerda su vida anterior: los golpeteos de su cráneo contra los espejos y los gritos y llantos de su exmujer. A unos trescientos metros del negro, camina un pescador de largos bigotes canos, con impermeable amarillo, que después de subir varios costales a un bote derruido se adentra en el mar y cruza con trabajo el estruendoso oleaje, pero una vez que llega del otro lado de las olas, se detiene en mar abierto. «Seguramente a pescar», piensa Melleola.

Cuando el calor comienza a pegarle la ropa al cuerpo y la arena a incomodarle en las pantorrillas, el negro se desviste y se queda en calzoncillos. Toma el intenso sol de la tarde y deja que unas cuantas gotas de sudor le escurran de su frente. Cuando se incomoda con la transpiración, le parece un reto interesante nadar hasta la embarcación del pescador y

distraerse de sus pensamientos con un poco de esfuerzo físico. El negro acomoda su ropa en un bulto, la entierra y deja una vara marcando su escondite para que nadie vaya a robarle sus pertenencias de poco valor, pero indispensables: pantalón, camisa, llaves de su apartamento, la cajetilla que contiene el último cigarrillo y el encendedor.

El negro se adentra en el agua, comienza a nadar a crol, aunque con la cabeza afuera, y siente cómo el agua fría hace que su torso se compacte, e incluso para él, de inmensos pulmones, es difícil respirar. Recorre unos quinientos metros, alternando estilos entre crol, dorso y pecho. Observa cada tanto, por encima del oleaje, a aquella lancha como su dirección y su meta. Mientras se acerca, el pescador comienza a moverse velozmente dentro de la embarcación y cuando Melleola está a unos metros, el pescador enciende el motor y se aleja mar adentro. Melleola, desconcertado, se queda en medio del mar, entiende la acción del pescador como una ofensa directa pero no le da importancia. Se mantiene flotando bocarriba, por varios minutos, y piensa que de haber subido a aquella lancha habría tenido un buen boleto de regreso, pero ahora tendrá que nadar los mismos metros de vuelta.

Intenta descansar mientras flota. A la par, nota que el pescador no está pescando sino tirando telas, prendas o basura al mar. A los pocos minutos el pescador enciende nuevamente el motor, regresa a la playa y amarra su embarcación al muelle. El negro se queda por varios minutos en el mar. Siente cómo su cuerpo se adapta a la temperatura y una vez que se han arrugado todas sus extremidades y que los testículos se le han enfriado, hasta sentirlos como un par de piedras, emprende su nado de regreso. Le cuesta varios minutos atravesar el oleaje y llega exhausto a la playa. Se recuesta bajo la última hora del sol y espera a secarse por completo; luego se levanta, se quita los calzoncillos mojados, sorprendiendo a un par de turistas que miran su desnudez y, en el mismo lugar donde ha dejado su ropa, cava y sacude las prendas para vestirse con el pantalón y la camisa, y fumar el último cigarrillo de la cajetilla.

Exprime sus viejos calzoncillos, los guarda en el bolsillo trasero del pantalón y sale de la playa. Dando una bocanada cada cinco pasos, camina con el placer que puede causar llevar el miembro suelto bajo el pantalón. Continúa vagando, perdiéndose entre calles y más hambriento que de costumbre. Se detiene en su panadería preferida, pide *pão de queijo*, su alimento favorito, y emprende la ruta a casa. Al llegar, enciende la radio, abre

la bolsa de pan, se prepara un mate como un ritual en el que está dispuesto a iniciarse. Se sienta para pasar algunas horas tranquilo, con el cuerpo agotado, con el frío que atrae a la noche y mira el paisaje sobre el balcón, esperando que pronto vuelvan a ablandársele los testículos.

Cuando todo es un instante de disfrute, alguien toca a su puerta. Según él, nadie está al tanto de su regreso ni tiene conocidos en el pueblo, más allá del casero y el dueño del restaurante, pero en realidad todos saben que el negro alto, de rostro simétrico, de huesos prominentes, que le ha vendido su alma al diablo por tocar la trompeta, está de vuelta.

—¿Quién es? —pregunta Melleola, esperando que del otro lado de la puerta esté la francesa arrepentida de sus palabras.

—Cordera. Tengo algunas preguntas.

—Lo siento pero no lo conozco.

—¿Sos el negro Mierdiola, no?

—¿Qué quiere?

—Sí me conocés. ¡Abrí la puerta!

El negro le abre.

—Me-lle-o-la —dice, mientras entra un hombre con olor a mar, de largos bigotes canos, con un paquete de impermeables amarillos y un costal en su mano izquierda que despide un horrendo olor. «Es el pescador de la playa», piensa Melleola.

—¿Cómo estuvo el nado?

—Normal.

—¿No se te congelaron las pelotas?

—Un poco.

—No era hora para nadar, menos si yo estoy en el mar.

—¿Qué?

—¿Me puedo sentar?

El pescador toma la única silla que hay en el apartamento y con un rostro arrogante, del que cuelgan las ojeras de sus ojos, se queda mirando a Melleola en silencio. Acaricia sus largos bigotes canos como un gato pensativo y retoma la conversación:

—Connmigo todos hacen negocio, menos vos, pero si querés vivir en este pueblo vas a tener que ir conociendo su dinámica, y con ella a mí. Conozco la clase de negro que sos. En realidad todos lo saben.

Melleola no responde. El hombre se levanta, coloca su costal sobre la

cocineta, tres colas de pescado salen del mismo y dice:

—Así como yo dejé de ser un pescador, vos vas a dejar de ser un mono con silbato. ¿Entendés?

—No.

—Bueno, tengo siete armas en esta bolsa. Me las han donado un puñado de escapistas que entregué esta mañana. Tengo un arsenal de armas en casa y como no pienso iniciar una guerra no las necesito. ¿Vos querés iniciar una guerra?

—De ninguna manera.

—Eso pensé. Entonces necesito que las vendás por mí.

—No tengo idea de quién va a querer un arma.

—En este pueblo de turistas nadie, pero en el Norte esto es mucho dinero. En dos horas terminás con todo este costal. Pero en zona de negros no trafican blancos ni viceversa. ¿Entendés? Así que tomá esta plata, partís a las siete, vendés la mercancía en la frontera y te espero de vuelta mañana. Si lo hacés bien, te recompensaré con una buena plata. Si me salís con la cagada de que no pudiste, que no hubo clientela, o que te robaron la plata o las pistolas, te mato. ¿Contento?

—No.

—Bueno, te espero mañana. Mucho gusto, Mierdola.

—Melleola. Me-lle-o-la.

—Me da lo mismo, negro.

El viejo toma la bolsa de impermeables; «son de mis escapistas», dice en un tono sarcástico y sale del apartamento. A Melleola le desagrade la actitud del tal Cordera, pero al final siempre piensa en la misma frase: «Nada que perder»; y un poco de guita tampoco le hará daño. Toma el costal, limpia las armas en el fregadero, les quita el olor a pescado, y las guarda en el maletín de la trompeta. Por la noche, llega a la estación para tomar el camión hacia la frontera. Tal y como lo dijo Cordera, en menos de dos horas vende las armas por tanta plata que no tendría que tocar en la calle por los próximos seis meses. Piensa en la probabilidad de entrar de nuevo a Brasil y olvidarse de entregar el resto del dinero, pero no le molesta la idea de volver y rehacer el negocio.

En aquella ciudad fronteriza se detiene en una tienda departamental,

compra una buena camisa, cambia de pantalones y zapatos, y pregunta por el mejor restaurante. Como un hombre de negocios, bien vestido, es atendido cordialmente. Cena al estilo festín romano y después pasa la noche en un triste cuarto de hotel, empachado, mirando el televisor y recordando los estados de ocio familiar: cuando fue el marido de alguien, el padre de un hijo, el mejor trompetista de *jazz* en Berlín. Entre sus viejos colegas germanos, nadie entendió qué había sido del músico de Berklee.

*

Melleola vuelve por la tarde a Colonia. Camina hasta la playa para tratar de encontrar a Cordera y pactar con él un precio justo por el trabajo realizado, pero no tiene la menor idea de cómo lo negociará y menos el porqué no han acordado una hora de entrega ni un lugar ni las condiciones del pago. El negro espera por varias horas en el muelle; como nadie llega, camina en dirección al Norte, hacia un área que nunca ha visitado. En su andar se topa con un par de turistas, argentinos y afeminados. Cuando Melleola pasa frente a ellos uno le habla:

—Vos sos un duro con la trompeta, ¿cierto?

Melleola asiente con la cabeza y continúa sin decir palabra, pero el otro pregunta:

—¿Dónde aprendiste a tocar?

—Autodidacta —contesta Melleola, de forma tajante, demostrando en el tono su falta de interés por la conversación y sin detenerse para evitar que las preguntas prosigan, pero ellos insisten:

—¿Y qué haces acá, loco? Tendrías que estar en Chicago, Nueva York, Berlín... En Alemania hay un loco que está compilando el mejor *jazz* del mundo.

—¿Eicher?

—Sí.

—Es un viejo amigo, del pasado.

—¿Del pasado? ¿Por qué? ¿No valía la pena?

—De hecho, no.

—¿Cuál es tu nombre?

—Melleola.

—¿Sos uruguayo?

—No, no lo creo. Aunque me siento mejor aquí que en muchos lados.

—Bueno, son tiempos de mierda, loco. Dime una cosa, Melleola: ¿De dónde sacás las ideas para tocar así?

—De la música. La música se nutre de la música.

— ¿Qué te hizo llegar acá?

Al negro no le gusta tener que contestar esa pregunta, se siente invadido por el par de turistas.

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo, loco. Estamos en espera de que termine una dictadura.

—Digamos que mi vida era distinta. Compuse, grabé y toqué en las grandes ciudades que mencionas y en los mejores festivales, pero un día me dejó de importar todo.

Los argentinos se sorprenden del absurdo y tajante final, pero lo que el negro no les puede contar es: que había sido el marido de una hermosa chelista rusa, que su vida, al menos para los que miraban desde afuera, era perfecta. Por supuesto que no fue autodidacta; comenzó muy joven, de origen humilde pero becado por su talento hasta llegar a Berklee. La chelista y él tuvieron un hijo, lo iniciaron en la música desde los siete años, pianista por autodesignación. Melleola no tuvo padre, así que siempre anheló un hijo para ser un buen padre. Su hijo resultó ser alemán, no por convicción sino porque Berlín era la ciudad donde habían logrado resaltar en la vida su mujer y él. Fue, creían, un niño feliz, y un mal día, a sus trece años, en el viejo sistema subterráneo, tres chicos blancos, *skin heads*, neonazis o simplemente racistas, lo lanzaron del vagón a más de ciento treinta kilómetros por hora, solo por ser negro.

La mujer eligió el alcohol como escape y Melleola abandonó todo lo que alguna vez amó, tal vez solo para sobrevivir. Lo que aquel día reconocieron como un hijo no era más que un sinfín de pedazos de cuerpo. Melleola se hizo infinitas preguntas por meses: «¿Vale la pena apegarse a algo?» «¿A quién le importa al final lo que hagamos de nosotros mismos?»... y simplemente dejó de apegarse a cualquier cosa.

En contraste con su apariencia presuntuosa, el par de argentinos continúan charlando con Melleola y sin muchas opciones en este pueblo, terminan en el mismo restaurante-bar donde el negro toca por las noches. Comparten

historias, hablan de *jazz*, de mujeres, cuentan las aventuras falsas pero verosímiles para sobrevivir al exilio de una dictadura, que para ellos ha sido la mejor excusa para mantenerse vacacionando por el mundo:

—Por cierto, loco. No nos hemos presentado. Este es Manuel, mi hermano del alma, y yo soy Bernard.

Al caer la noche, los tres ya están bastante borrachos; desde hace mucho tiempo Melleola no se divierte así. Vuelven a la playa con tres botellas de vino y se sorprenden al ver una gran fogata a la distancia. Caminan con dificultad y, por ocurrencia de Manuel, mezclan la sangre alcoholizada con un supuesto porro, «para reducir el efecto del alcohol», dice. Así que mientras caminan fuman una mezcla extraña de hierbas y el paisaje deja de ser una simple playa: en la arena se forman relieves de hombres y mujeres recostados, rostros en el suelo de un infierno dantesco y, por en medio de los tres, según Bernard, un león de fuego atraviesa y recorre aquel desierto inventado en segundos. Cada uno crea a su león, colorea el mar con distintas paletas, enaltece las formas y las luces de maneras insospechadas y, de pronto, los tres se topan frente a la gran fogata que han estado siguiendo como guía. Pero no es una fogata sino una antigua casona de madera que revienta en llamas frente a la noche negra. Explotan vidrios, truenan tarimas... y cuatro hombres, entre ellos Cordera, beben vino frente al espectáculo:

—¡Bienvenido, Mierdola!

En ese instante, Melleola, absolutamente drogado, siente miedo. Bernard y Manuel se quedan deambulando con la mirada perdida, las bocas abiertas, extasiados por los colores, la dimensión, el calor y la fuerza del fuego.

—Espero que traigas lo mío, negro. Los que no pagan se topan con el fuego. ¿Me entendés?

—No te preocupes, tengo tu dinero, pero está en casa.

—¿Y vos creés que tu casa es un lugar seguro?

Uno de los hombres que acompaña a Cordera se adelanta tres pasos y lanza a los pies de Melleola el maletín de su trompeta. El negro se queda sorprendido, pero no dice nada y levanta su instrumento.

—No jugués conmigo, Mierdola.

Melleola saca su billetera y le entrega casi el total del dinero.

—Ya nos entendemos.

Cordera cuenta los billetes, toma una parte y la guarda en su bolsillo. El

resto lo reparte en dos montones y medio, le da los dos primeros a sus acompañantes y el medio se lo ofrece a Melleola. «Has hecho un buen trabajo», dice Cordera, mientras le guiña un ojo a otro de sus compañeros, quien, con un costal en mano, avanza y se lo entrega a Melleola.

—Tiene cuatro armas. Ya sabes qué hacer... ¿Y quiénes son tus amigos?

—Turistas.

—Estos no son turistas. ¿Están huyendo?

—No es asunto tuyo.

—Los quiero mañana fuera de este pueblo o yo mismo los entrego. ¿Me entendés?

—Entiendo.

—Me agrada tu estilo, negro. Espero el cambio para el próximo domingo. Ni un día antes ni un día más. Mismo lugar, misma hora, mismo pago.

—Vámonos —dice Melleola al par de argentinos que han perdido toda noción del tiempo y el espacio. Melleola los dirige a su casa, los deja dormir en la cama donde habían estado Lemuel y su amiga. Coloca la trabe en la puerta, se lleva la llave a dormir con él y espera a que amanezca.

Los tres despiertan casi a la misma hora. Cuando Melleola se levanta a preparar café y fumar, Bernard se despabila y destrozado, con el rostro hinchado, los parpados pegados y la voz de un mongol, dice:

—Soñé con un incendio.

—No lo soñaste. Estuvimos ahí.

Bernard abre bien los ojos y lo mira sorprendido:

—¿De qué hablás, che?

—No estoy bromeando. Vamos. Los acompaño a la estación.

Melleola mete las nuevas armas en el forro de la trompeta y los acompaña hasta el ómnibus. Una vez que abordan, el negro espera el siguiente ómnibus y se dirige hacia la frontera. Lo acontecido en la noche anterior le ha dejado un mal sabor de boca y duda si es una buena idea continuar haciendo negocios con Cordera.

Al llegar a la frontera, visita de nuevo la zona de cambio y se despide de las armas por una buena plata. Esa misma tarde decide rentar un cuarto ahí. Al ver jugar a un grupo de niños del barrio, se acerca y les regala la trompeta. Los niños se impresionan tanto por el regalo que se lo arrebatan entre ellos

para sacarle soplidos mudos y llenarlo de saliva.

*

Con las presiones del gobierno israelí sobre la policía argentina, el oficial Ferreira tiene que lograr una pronta respuesta, aunque sea la invención del culpable. Según los vecinos, un negro con trompeta y un norteamericano blanco fueron los asesinos. Sobre el hombre blanco, pianista, llamado Lemuel Smith, no se sabe nada. Las inspecciones de aduana no indican que haya salido del país, pero parece haberse perdido en la selva norte del mismo sin un solo registro en un hotel o una ciudad. Sin embargo, después de una profunda investigación en expedientes, Ferreira descubre que dicho hombre es un enemigo del Estado, por actos subversivos realizados en distintas provincias, San Juan, Mendoza, Córdoba. Sobre el negro, todos saben por dónde ha pasado, un tipo al que simplemente no le gusta dar explicaciones, sino huir de toda situación, a pesar de que sea libre de cualquier culpa.

Ferreira, un argentino patriótico, con ideales de derecha cuajados sobre la carencia de poder y una ética de doble moral, es un oficial joven que no despierta el interés de las personas. Si por algún motivo alguien lo recuerda, incluso su hermana, es solamente por lo gris de su existencia y su vocación de inculpar. Busca presas, encuentra sus huellas y las entrega a la justicia, o lo que él así considera. Durante meses, se dedica a seguir los pasos del negro Melleola. No es tarea difícil: su maletín y su altura son inconfundibles, y sin mencionar el sonido de su trompeta.

Cinco meses después, Ferreira está en la frontera entre el Uruguay y Brasil, en el suelo de tránsito de los que huyen de un conflicto a otro, de una guerra personal o colectiva. En la calle dos, casa número seis, toca la puerta del apartamento del negro. El extrompetista le abre y Ferreira nota en segundos la inmensa depresión en la que vive este supuesto asesino. Para Melleola han pasado los meses. Se ha quedado a vivir en la frontera, como un negro más, en un apartamento pobre, evadiendo por meses todo contacto con el mundo, a excepción de algunas mujeres con las que intercambia dinero por pequeños romances y favores. Se pasa los días hundido en un hueco en el que ni Cordera ni nadie pueda encontrar al trompetista de antaño y, sin embargo, no lo ha logrado.

—¿A qué se dedica? —pregunta el hombre trajeado.

Se dedica a mirar un viejo televisor, a pasar las horas jugando con una moneda, a construir universos de basura con las latas abiertas, colillas de cigarros y cajas de jugo, leche, vino y sopa; pequeñas construcciones que van invadiendo el apartamento, como miniurbes construidas a base de chatarra. Cuando ya no puede con su aburrimiento, juega a la ruleta rusa pero nunca gana. Su solvencia económica proviene de la venta de armas, que, por recomendación de algún vecino, cada tanto atrae a alguien que desea vender o comprar.

Sin contestar, Melleola invita a Ferreira a sentarse. El oficial se siente asustado por aquel lugar repleto de basura y no quita la mano de su arma, «por si hay que actuar», piensa, y después de un largo silencio, el negro responde:

—Al ocio.

—¿Qué fue lo que hizo en Buenos Aires?

—Nada.

—¿Nada?

—Tocar. Vivir. Tocar para vivir. Lo mismo que hacía en todos lados.

—Me refiero al apartamento de la 9 de Julio.

—También, vivir y tocar. Sobre lo que hayan hecho los otros tres no sé nada.

—¿No estuvo ahí?

—Esa noche no. Salí a caminar. Me pasé horas pensando en un puente, sobre cualquier cosa, hasta que me interrumpió un travesti que cruzaba por ahí y volví hacía el apartamento. Antes de llegar reconocí el piano en la calle y vi un cuerpo...

—¡Cuerpos! ¡Dos cuerpos!

—No lo sé. No subí a averiguar qué es lo que había sucedido. No me involucro en las vidas ajenas. No me interesan.

—¿Le gusta ser negativo?

—Tal vez... ¿Qué es lo que quiere?

A Ferreira le extraña la frivolidad de aquel relato. Sabe muy bien que en realidad Melleola no es el asesino, sino sus colegas militares; incluso para intentar culparlo le resulta demasiado distante y difícil de involucrar. Realmente parece un tipo sin ningún interés. Se pregunta entonces qué hacer; lo más sencillo, tal vez, sería deshacerse del negro, pero algo en este le inspira profundas dudas, como si el tipo no necesitara más castigos en la vida

porque ya le parece el hombre más miserable que ha conocido.

—Sé que lo mejor para usted sería simplemente entregarme, a pesar de que yo no sea el culpable. ¿Cuál es su teoría? ¿Las mató el pianista? ¿Suicidio? ¿Accidente? ¿Militares?

—Todo parece apuntar a un asesinato, del que el causante fue el pianista, o vos. Me interesa el pianista.

—Hábleme de usted. No sé nada de él. Yo no mato ni toco pianos. Fui trompetista y repito: no estuve ahí. Ahora que si me quiere entregar, inténtelo...

—¿A dónde quiere llegar?

—Uno, esta es zona negra y ningún blanco gana en ella. Dos, esta también es zona de escape. Sé que es pura oficialidad buscar al asesino de dos israelíes, pero acá cruzan muchos cabecillas que huyen a pie de una dictadura en su país. ¿Qué pasaría si en lugar de entregar un negro, que a nadie le da un comino, usted y yo negociamos por ellos?

—¿Qué querés decir?

—Hábleme de usted. Le doy una primera pista: los pescadores del Río de la Plata regalan impermeables amarillos a los fugitivos para identificarlos. El territorio al que todos llegan es este.

—¿Todos?

—Sí. Llegan con el impermeable.

—¿Qué pelotudez!

—En esta época de lluvias, no me costaría nada entregárselos. ¿Qué dice? ¿No sería un premiado oficial si devolviera subversivos? ¿Posibles de inculparles cualquier crimen?

—Podría convenirme.

—Yo simplemente los guiaría, a usted y a ellos, hasta un mismo punto.

—¿Vos no te involucrás?

—¡Mierda! ¡Hábleme de usted que no soy su amigo! Nunca me involucro. Coloco las cosas, le aviso cuántos entran al día y dónde estarán. ¿Qué dice? Regáleme esta semana. Hoy, según mis mujeres, cuatro personas llegaron por separado al Hotel Gardel, tres con impermeable, y entre mañana o pasado mañana estarán cruzando esta frontera.

—Podría funcionar.

—Pruébelo. No tengo nada que perder.

Ferreira queda impresionado por la capacidad de Melleola para negociar.

Acepta, se retira de la casa del negro y va a hospedarse en el visible, color naranja, y barato Hotel Gardel, donde anuncia al gerente su llegada y los fines de su investigación. Pero Ferreira tiene serias dudas sobre lo que debe hacer. Es un joven influenciable, aunque sabe que para los altos mandos es mucho más importante devolver cabecillas que enviar a un negro brasileño, solo para quedar en paz con el gobierno israelí y posiblemente comenzar un conflicto con Brasil, «aunque un negro menos a nadie le importa», piensa. En cambio, si lo que ha dicho Melleola es cierto, muy poco tiempo le tomará ascender en su cargo.

Al día siguiente, Melleola se encuentra con Mari, su prostituta favorita, quien le da información de Ferreira y los huéspedes del hotel, y luego discute por dinero y la falta de atención que le da el negro. Minutos después, un cliente toca a la puerta. Con el impermeable amarillo puesto y la vestimenta de un mormón, sonríe, evidenciando que ha perdido algunos dientes. El tipo es alto, tiene un derrame en el ojo izquierdo y es evidente en su rostro que ha sufrido un serio estado de desnutrición. Melleola le cierra la puerta en la cara para no involucrarlo en sus asuntos con Ferreira; no parece un tipo duro, pero como este insiste en tocar, lo deja entrar.

Conversa por varias horas con el hombre que dice llamarse Jared, le regala un mapa, lo guía hasta la antena que está perdida en la frontera, le vende un arma cargada con cinco balas, le quita el impermeable y al despedirse, le da un último consejo:

—En cuanto veas a un lampiño trajeado, no dudes en deshacerte de él. ¿Estamos?

El falso mormón sabe de quién le habla, se muestra agradecido y sale a emprender su viaje.

Esa misma tarde, Melleola, que, con o sin intención, terminó siendo el adalid que liberó con armas e información a varios hombres, sabe que su estancia ha terminado. Abandona la casa y su última pertenencia: la radio. Con los ahorros viaja hasta Río, en donde días después compra un hermoso fiscorno rojo y vuelve a tocar, acompañado ahora del *bossanova*, y con el paso de los días avanza hasta Panamá, donde se detiene por última vez, sabiendo que en pocos meses cruzará de nuevo el gran charco. Tal vez las cosas serán distintas, quizá podrá perdonar, reencontrar a su exmujer y si no, al menos intentará rehacer su vida.

V

Lemuel Smith toma el primer vagón de un metro desgastado, sucio y donde solo viajan dos pasajeros más; uno está completamente ebrio y tiene la billetera en el asiento de al lado. Lemuel duda por varios minutos si debería ayudarlo hasta que se acerca e intenta despertarlo, pero no funciona, el hombre está demasiado bebido. Sigilosamente, Lemuel toma la billetera. El otro pasajero solo lo observa y Lemuel espera de él que si despierta el ebrio pueda atestiguar a su favor: decir que no le está robando sino ayudando. Por fortuna, el borracho no se inmuta mientras Lemuel le coloca la billetera en el bolsillo lateral.

En la siguiente parada, aborda otro hombre, un enano que se mantiene silbando *Autumn Leaves*. Lemuel reconoce la pieza, durante casi todo el trayecto juega con sus dedos sobre el barandal del que se sostiene, imaginando los acordes del piano. Observa, desde las ventanas del vagón, los desgastados edificios, envueltos por el olor del invierno y esa luz blanca que ilumina los muros desolados. «Aquí viajamos todos», piensa; «nada parece cambiar y, sin embargo, uno recorre naciones para entender que todo se resume a expresiones humanas. *Fucking humans*».

Al llegar a la estación de Coney Island, camina por su viejo barrio. Se detiene frente a la panadería con postres de hojaldre; quiere recordar la letra de *Autumn Leaves*, pero la ha olvidado. Piensa que su memoria va en decadencia. Entra al local. El olor lo devuelve a un tiempo de paz, cuando todavía le interesaba la música y el arte en general; ahora ya no está tan seguro de ello. Siente la mantequilla pura que endulza las fosas nasales y que lo obliga a formular una sonrisa amable. Pide un pan y sale de vuelta a la calle. Se coloca bajo el sol, en una banca, como lo hacen los caucásicos para calentarse y ganar un poco de vitalidad en el invierno. En esta ciudad de ruido, se alimenta de pan mientras lo mira el perro callejero que está en la banqueta, hambriento, y que reconoce en Lemuel a un tipo poco generoso.

A su lado hay una mujer acompañada por un niño redondo, de unos siete años, que actúa como un simio albino: gime sin pronunciar palabras, golpea la banca con las manos y luego azota la frente contra el vidrio de la panadería. Los empleados mexicanos del interior lo notan, pero no dicen nada. La madre mórbida, que no deja de mascar su masa con los cachetes rebotando y salivando, como si fuera su propio rostro lo que se traga, ignora por completo al niño. El asco de su indiferencia logra que Lemuel escupa parte de su bocado para decir:

—*That's enough, kid!*

El pedazo de pan cae en el pavimento y en tres segundos lo alcanza el perro. El niño, emocionado por el regaño, continúa azotando la cabeza cada vez más fuerte. Lemuel ya no puede lidiar con el mundo. «No tiene edad», se dice, y repele la situación intensamente. Empaca su pan. Cuando da el primer paso el perro huye. Lemuel se recorre unos metros, encuentra unos escalones en los que se sienta y desde donde no alcanza a ver al niño ni a la madre. Espera. Mira su reloj: son las cuatro y media de la tarde y no aparece su cita. Se acomoda los ralos cabellos, observa una nueva mancha oscura en su mano izquierda y vuelve a desempacar el pan.

Mientras mastica, reconoce los pasos de un hombre con grandes pero lentas zancadas; nota la barba abundante, un abrigo negro, el tipo de botines italianos y la misma gran sonrisa que se extiende.

Lemuel se levanta, se sacude las migajas del abrigo y los dos amigos se dan un fuerte abrazo:

—¿Cómo estás, hermano? —dice Julio.

—*Happy! Very happy, my friend. It's so nice to see you again.*

—Creí que tú y yo no nos volveríamos a encontrar nunca.

—*Here we are!* —dice Lemuel con la picardía de sus pequeños ojos celestes y extendiendo los brazos y las manos.

—Mirá qué manos, che.

Los dos sonrían. Julio le toma una de esas manos y observa los gigantescos dedos.

—Ni la nariz ni las manos me han dejado de crecer —responde riéndose.

—¿Caminamos?

—Claro, vamos. ¿Qué tal el viaje, Julio? ¿Montreal es encantadora, no?

—Sí, es una gran ciudad, aunque no es Nueva York. Tal vez estoy llegando para instalarme aquí.

—¿Dónde has estado todos estos años?

—Buena pregunta. Por todos lados. Varios años en prisión y luego en una suerte de autoexilio. Una larga época en México, después perdido; a veces feliz y otras veces no tanto. Me ha llevado años encontrar un lugar.

—Me lo imagino. Creí que después de todo este tiempo sin verte serías otro, pero no has cambiado tanto.

—¿Tú crees?

—*Only the basics, but you're still handsome.*

Julio se ríe. Pasan unos segundos de silencio; no puede decir lo mismo de su amigo que ha perdido el cabello y se ha ganado la joroba de un sedentario pianista.

—¿Y el piano?

—Sigo tocando. Estoy grabando aquí un disco que te va a enloquecer.

—¿Te has resignado a vivir como un yanqui en Coney Island?

—No del todo. Prefiero: *as a pianist in New York.*

Julio se ríe, con esa enorme sonrisa que lo caracteriza y dice:

—¿Vos no sabés cuánto te he buscado?

—Y aquí estás. ¿Te has encontrado con Jorge?

—¿Jorge?

—Sí.

—¿Mi hermano?

—Sí.

—No. Desapareció hace mucho tiempo.

—Qué cosa... ¿No sabes que está vivo?

—No.

—Bueno, al menos cuando yo lo vi lo estaba. Pero ya te contaré esa historia.

Julio no puede creer lo que acaba de escuchar. Cierra los ojos por unos segundos. Da un largo respiro y dice:

—No, contála por favor —mirando a Lemuel a los ojos.

Lemuel camina unos pasos, se acomoda la bufanda roja y dice:

—Tu hermano sobrevivió a prisión.

—¿Jorge?

—Sí. Jorge.

—¿Y dónde está? —pregunta desesperado. Casi una vida entera ha vivido con la idea de su hermano muerto.

—Lo encontré mientras te buscaba. En plena selva, alejado de todo. Se volvió un demente; un ermitaño que podía trepar quince árboles al día para conseguir alimento.

—No te puedo creer, che. ¿Te contó todo?

—Algo así. Murió demasiada gente, Julio; incluso por culpa nuestra. Todos los días recuerdo mucho a dos chicas israelíes. Jovencitas. Bellas. No tenían nada que ver. Vivieron unos meses conmigo, en los años que te esperé en la capital y la frontera. Ninguna confesó conocerme y las lanzaron por una ventana junto con mi último piano alemán.

—¿Qué hiciste?

—Hui. Me perdí un largo rato por el Norte del Sur. Un día me enteré de que todo Tucumán sabía de varios chiflados y prófugos de la dictadura que se adentraban en la selva. Así que me metí a buscarte. Una experiencia horrorosa, pero me encontré con Jorge.

—Fue lo que nos tocó vivir, hermano. Tampoco sé de qué sirvió todo. Ahora ese país está peor que nunca.

—No sé si que nunca, pero el mundo está peor en general; perdió una buena oportunidad.

—Jorge. Jorge. No puedo creerlo. ¿No has vuelto a escuchar de él?

—No. Quedó trolado con el mundo. Ahí debe de seguir, no me lo imagino abandonando la selva.

Julio asiente en silencio. Imagina a su hermano perdido entre la naturaleza, hasta que pregunta:

—¿Y vos? ¿Quedaste trolado? ¿Estás solo, Lemuel?

—Es un decir. Me quedé con la Música. ¿Y tú?

—Con la Pintura. Alguna que otra mujer, pero nada serio.

Ambos se ríen. Lemuel saca un par de habanos de su bolsillo y le ofrece uno al compañero:

—Prueba esto.

—¿Con este frío?

—Sí. Paso cada invierno en la Habana, en realidad la mayor parte del año. Me meto en problemas cada vez que regreso, pero no me podía perder tu visita. Creen que todavía soy comunista —dice con una carcajada— pero pianistas como en Cuba no hay en otro lado. Viajo para aprender de ellos y ellos dicen que aprenden de mí. Qué absurdo es el mundo, ¿no?

Los dos cruzan la calle y caminan hacia el puerto, como simples visitantes.

Julio nota que Lemuel avanza con un leve cojeo en su pierna izquierda. Encuentran una banca frente al mar y se sientan.

—Muy buen tabaco. Fresco.

—Es Cuba, Julio. Dime una cosa: ¿Tuviste que entregar a alguien para salir de prisión?

—No, pero fue un precio muy alto no hacerlo; demasiados años preso.

—Hiciste lo correcto.

—Quién sabe qué sea lo correcto, hermano.

Lemuel se sorprende por la respuesta. Le llegan múltiples recuerdos de Julio en su juventud: alto, barbado, con sus grandes ojos claros, su cabello oscuro, siempre con un olor a tabaco y esa sonrisa que todavía mantiene. Rememora a su hija, Leonora, la nena de ojos oscuros que pasaba tardes enteras en su casa, junto con su madre, María, la esposa de Julio: una mujer morena, latina, con un rostro lleno de calidez, donde Lemuel siempre vio un ideal de la belleza femenina concebido.

Lemuel fuma de vuelta su habano. Julio lo mira, coloca su mano sobre el hombro de su amigo y dice:

—Qué gusto verte.

Lemuel no responde, solo cabecea. Julio se mantiene mirando a este erudito de la música, quien pasó gran parte de su vida produciendo piezas en el Sur del continente americano y se convirtió en un apoyo para varios colegas artistas y revolucionarios que necesitaron de un pasaporte estadounidense o de una identidad de misionero mormón para sobrevivir. Julio se sorprende al ver parpadear a su amigo:

—¿Qué hicimos, Julio?

—Vivir. ¿Qué pasa?

—No me jodas, Julio —responde molesto.

—Hicimos lo que en aquella época pensamos que era la única opción. Lo mejor para el mundo de entonces.

—Un mundo que nunca nos perteneció.

—Es verdad. Nunca fue nuestro, y nunca tendrá sentido más allá de lo económico para unos cuantos. Es un viejo cuento de terror y el miedo su instrumento básico: herramienta de conquista, de dominación, de extorsión; una maquinaria implacable, calculada, con fachadas de religión, étnica y política, pero que funciona más allá de todos los sujetos que podamos imaginar.

—¿Fascistas, Julio?

—Algo así. El dinero sin importar el precio. ¿Me entendés? Ese terrorismo fascista que se creyó vencido triunfó bajo la mesa. Tú y yo fuimos o somos parte de esta balcanización interminable, del planeta reducido a la medida de ellos. Donde no nos queda más que apostar por lo imposible.

—¿Lo imposible?

—Lo que hizo Jorge: huir del hombre, del campo de batalla. Pero ni así dejaremos de ser humanitos, de estar frente a todo lo que hace que seguir vivos sea solo un privilegio. Te acordás: «Nada nos une más, los unos a los otros, que la posibilidad de darnos muerte».

—Esa frase nos cambió la vida.

—Lo sé. Esa frase es todo.

Julio se levanta y estira las piernas:

—Hace mucho frío. Caminemos un poco.

Lemuel lo imita y recorren el muelle. Una fuerte corriente de aire cruza frente a ellos. Se cubren el rostro que se les congela en segundos. Lemuel deja ver solo sus pequeños ojos celestes, entreabiertos. Julio coloca un brazo sobre la espalda de su amigo y lo cambia de dirección; van hacia el barco que está helándose sobre el agua.

Ambos respiran el olor a estambre de sus bufandas. Están vestidos con abrigos negros y guantes de piel. Sin haberlo planeado, llevan casi la misma vestimenta, en el fondo son casi lo mismo, al menos lo que cabe en sus mentes. Los dos observan el mar frígido, el cielo blanco y las líneas diagonales que marcan los postes y las cuerdas del barco. Frente a ellos, cruza una gaviota herida de una pata. «Camina como Lemuel», piensa Julio, pero no lo dice. Lemuel coloca sus manos sobre el barandal, mueve los dedos como si tuviera el piano enfrente y dice temerosamente:

—Sabes, yo no elegí salvar a nadie.

—Lo sé. Fueron situaciones que ninguno eligió.

—Pude volver a mi país, a este país ensimismado que destruye naciones, pero donde se vive en paz. Aunque me habría muerto por dentro, sabiendo que no hice nada por salvar a nadie, viviendo como un cobarde.

—Tal vez es mejor un cobarde que un valiente sin vida.

—Tal vez...

—Como elige la mayoría: la indiferencia.

—Probablemente tienen más razón que nosotros.

—¡Seguramente! —responde Lemuel con sarcasmo y se aleja del barandal. Se siente incómodo; da un par de pasos en círculos hasta que pregunta:

—¿Has caminado sobre una playa nevada?

—No. ¿Cuál es la gracia?

—No lo sé. Nunca lo he hecho. ¿Vamos?

—Pero no deberías caminar con esa pierna lastimada. ¿Qué te ha pasado?

—Fue un accidente. Pero ha tardado muchos años en sanar.

Se dirigen hacia la playa. La luz que se refleja en la nieve los deslumbra y les es difícil levantar los pies. Sus pasos van dejando grandes huellas.

—Todos somos la masacre, de eso no tengo duda —dice Lemuel—. Mi abuelo fue asesinado por una cuenta de ciento cuarenta muertos.

—¿De qué hablás, che?

—Dicen que venían por sus tierras. Les habían envenenado el agua. Querían eliminar al pueblo mormón y mi abuelo lo defendió. Claro que para el mundo el asesino fue él. Un chiflado religioso que ordenó matar a ciento cuarenta personas por órdenes de dios. Solo dejó vivir a diecisiete inocentes, niños. Los mormones ya habían sido apaleados y desplazados por muchos años. Tal vez simplemente querían un lugar para estar, como tú y yo, pero ninguna verdad es absoluta. También dicen que lo hizo por órdenes religiosas. Yo debí apellidarme Lee y no Smith, pero para vivir en paz con la historia nos tuvieron que cambiar el nombre. Todo es ficción en esta vida, Julio. Tenés razón en pensar que hay intereses mucho más grandes que todo lo que conocemos. Y ahora, cuando vuelvo a leer el Libro Mormón, todavía no entiendo cómo se pudieron tragar tanta mierda.

—La necesidad de pertenecer. De comunidad y apego.

—*Maybe?* Para no estar tan solos.

—¿Por qué no me lo habías contado antes?

—No lo sé. Hasta ahora no lo consideré pertinente.

—¿Y volviste a la Argentina?

—No, Julio. Te esperé unos años y me tuve que ir para siempre. Lo siento.

—No digás eso. Vos me diste esta segunda oportunidad.

—¿Ha valido la pena?

—Mucho.

—Pero no soy como crees, Julio. Tienes que saber algo: cuando apresaron a los primeros colegas también me aprehendieron.

—Lo sé.

—Pero tú o vos, ya le perdí el hilo al español con los cubanos, caíste antes de mi salida y no supiste que a los seis días quedé libre. Me sacaron uñas, me electrocutaron y a golpes también me robaron información. Uno creía que era digno de no hablar, que la coherencia en uno era auténtica y que no había nada ni nadie que pudiera revocarla, pero uno siempre termina siendo más débil de lo que cree. Todos tenemos un precio: cuando amenazaron con cortarme los dedos, ¡cortarle los dedos a un pianista, Julio!, tuve que ceder. De mi boca salió el nombre de tu mujer: María Pineda Alonso. Perdóname.

Julio lo mira. Guarda las manos en los bolsillos, sin decir nada, pero sus puños se aprietan. Lemuel continúa:

—Me lo sacaron. Al día siguiente ya estaba presa, después tú, Jorge y tu hija desaparecida. Jamás pensé que eso sería el resultado. Perdóname, por favor. Perdóname. Tenía que decírtelo —dice con el rostro enrojecido y parpadeando, lleno de un coraje que no puede expresar—. Sé que esto es como escuchar a Judas pedir perdón, y si decides que este el fin de nuestra amistad estás en tu derecho.

Julio se mantiene en silencio. Clava sus ojos grandes en ese mar lerdo y se aleja varios pasos. «Así que vos fuiste el hijo de puta», piensa y se detiene cuando escucha en un grito desesperado:

—¡Por eso me quedé, Julio! ¡Porque no podía vivir con la idea de ser un delator! ¡Tenía que salvar a todos los que pudiera después de haber flaqueado! En Buenos Aires me apoyé de la embajada de mi país con puras mentiras. Logré falsificar nombres, identidades y permisos de misioneros para sacarlos a todos del país como misioneros. Pero no volví a ver a ninguno más que a Jorge y ya lo habíamos perdido de la cabeza. Lo único que pude hacer fue entregar las identidades falsas a sus familiares. Y el día que realicé mi última misión, después de recibir nuevas amenazas, volé la legislatura. Tres balas en esta pierna, más de veinte soldados muertos. Nada fácil vivir con eso.

Julio camina de regreso hacia Lemuel, sus puños continúan apretados dentro de los bolsillos. «Lo sabía, lo sabía», piensa, pero dice:

—Lemuel, hay decisiones, actos que lo envuelven a uno dentro de todo este sinsentido. Pero después de soportar atrocidad tras atrocidad, sin renegar de la decencia y la esperanza, es casi imposible no ceder.

Lemuel vuelve a asentir. «Pero tú lo lograste», piensa. Aprieta la comisura de sus labios. Con sus pequeños ojos mira a Julio y se acerca con la ternura

de un niño a darle un abrazo y pide nuevamente perdón. Julio saca las manos de los bolsillos y regresa ese abrazo. Ha pasado el tiempo y de alguna manera es una noticia que había esperado, pero sin saber de quién saldría. Los dos se quedan mirando el mar que apenas puede con el peso del hielo. En la playa, son solo dos puntos negros, detenidos sobre el blanco.

Sobre los estorbosos abrigos comienzan a caer pelusas de nieve. A lo lejos, los marineros se gritan órdenes entre ellos, pero ninguno de los dos alcanza a escuchar qué dicen. Se mantienen callados. Julio se separa, apoya su mano en la espalda de Lemuel y caminan de regreso al puerto.

—No eres un asesino, Lemuel.

Lemuel se muerde de nuevo la comisura del labio, se limpia las lágrimas, mira al suelo y frente a esa inmensidad de blanco, siente que su cabeza se sumerge en una caja de leche para quedarse ahí, flotando, perenne en su blancura y espesor, donde todo gira en torno a esa dolorosa y deslumbrante inmensidad de luz. Con dificultad da varios pasos y mira a su izquierda: el mar manchado de verde, de gris y más blanco. Tiene en los ojos una expresión de dolor:

—Todavía no puedo aceptar lo que hice, Julio.

Julio escucha y siente cómo se hielan sus orejas y sus mejillas. Por su nariz entra el aire frío que baja hacia el estómago. Sus pies se hunden en la nieve y el viento empuja con tanta fuerza que su pesado abrigo se levanta y tira de las axilas:

—¡No nos equivocamos, Lemuel, en no estar de acuerdo con el rumbo que lleva el mundo!

Ambos alargan el silencio. Lentamente los copos se intensifican y frente a ellos el muelle se va quedando solo. Se oye el golpeteo del agua sobre el barco que continúa cubriéndose con una capa de hielo. Lemuel endereza la espalda, como si dejara atrás un gran peso que lo ha mantenido aplastado y no contesta nada.

—Vamos, Lemuel. Ya está haciendo demasiado frío.

Lemuel asiente con la cabeza y apresura sus pasos:

—Voy a insistir en algo: ¿realmente puedes perdonarme?

Julio lo mira serio:

—Sí. Estás perdonado.

—Ok —dice Lemuel dando un largo suspiro del que espera sentir alivio.

*

Julio camina detrás de Lemuel y los dos avanzan hasta la avenida. Ven a un taxi acercarse y lo detienen:

—*Take us to West 3rd Street, between 6th Avenue and MacDougal Street.*

—*Yes, sir* —responde el taxista de origen árabe.

Durante el trayecto se mantienen en silencio y escuchan las quejas sobre el invierno que aporta el taxista. Julio mira por la ventana, no puede quitarse la idea de que su hermano está vivo en algún lugar del mundo. Como cada día, recuerda una vez más a Leonora y a María, y se cuestiona su capacidad para perdonar. Al llegar al sitio acordado, Lemuel paga al taxista y se adentran en un bar, caliente, repleto de risas, charlas, platos apetitosos y un cierto rasgo bohemio en los asistentes. Toman una mesa cerca del escenario.

—Dos vasos del mejor whisky. *Surprise me* —dice al final Lemuel, evidenciado que la mesera lo conoce muy bien.

Se quitan los abrigos, los cuelgan de un perchero adosado a la pared y toman asiento. Lemuel, emocionado, se frota las manos frías:

—Para recordar los buenos viejos tiempos, Julio.

—Me gusta el lugar. Tiene su encanto.

—Sí, aquí toco por lo menos una vez al mes; cuando estoy en la ciudad.

Un grupo de negros se acerca al escenario, todos con el cabello casi a rape y vestidos de negro. El pianista prueba algunos acordes. El contrabajista se acomoda detrás de su instrumento y el trompetista espera sentado a que sus compañeros se alisten.

—*Good night, everyone!* —dice el trompetista, y de inmediato recibe aplausos.

—¿Los has escuchado? —pregunta Lemuel a Julio.

—No. No los reconozco.

—Melleola's Trio. Si crees que Davis sabía jugar con la trompeta es porque no has escuchado a este perro viejo.

Julio asiente con la cabeza y saca una pluma del bolsillo. Comienza a dibujar un rostro en una servilleta, quiere recordar a su hermano, pero desiste rápido, lo ha olvidado por completo. Mira a los músicos y decide dibujar al líder de la banda. Tampoco reconoce a ese rostro simétrico, ni siquiera lo recuerda, a pesar de que alguna vez le vendió un arma y le contó parte de su historia.

—Sabes que los labios de un trompetista se ablandan con el tiempo y dejan de funcionar, como cualquier músculo. Pero este tipo seguirá siendo un mago durante toda su vida. Pura genética —dice Lemuel agitando la mano izquierda al ritmo del compás.

Julio disfruta de escucharlos. Dibuja el rostro del trompetista sobre la servilleta y mueve la cabeza con el contratiempo. La mesera llega con los dos vasos de whisky, ve el dibujo de Julio y dice:

—*Wow, that's clever!*

Julio le sonríe:

—*Do you want it?*

—*Of course!* —responde la mesera.

Él extiende la servilleta con la mano izquierda, busca el espacio vacío y escribe: *Life is not about beliefs* y firma como J.

—*Oh my God! Thank you so much!*

Lemuel se bebe el whisky en tres tragos, le guiña un ojo a su amigo y se levanta para dejarlos charlar un rato. Camina hacia la barra donde está Mark, el joven politólogo y barman que no aprecia el *jazz* y que, escondido tras la caja registradora, tiene siempre en silencio un pequeño televisor con noticias. Lemuel le pide a Mark un segundo whisky y mientras se lo prepara, el pianista observa el televisor: un hombre, en plena plaza bonaerense, se inmola en un acto de protesta. Cree que la imagen no le sorprende, a pesar de que los vellos de sus brazos se erizan. Mark le entrega su bebida y antes de dar las gracias, Lemuel lo bebe de un solo trago y en el instante en que el alcohol cruza por su garganta piensa en el ardor de las llamas.

Acta de la reunión del jurado del XIX Certamen de Letras Hispánicas «Universidad de Sevilla», modalidad de novela

En Sevilla, a miércoles 12 de junio de 2013, y a las 18:00 horas, se reúne en el despacho de la Sra. Directora del CICUS, el jurado del XIX Certamen de Letras Hispánicas «Universidad de Sevilla», modalidad de novela, con la asistencia de las siguientes personas:

Profa. Concepción Fernández Martínez, directora del Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla (CICUS), que preside el jurado;

D. Arturo Pérez-Reverte, de la Real Academia de la Lengua;

Prof. Rafael de Cózar Siévert, catedrático de la Universidad de Sevilla;

D. Juan Diego Martín Cabeza, técnico de programación cultural del CICUS;

D. Diego Vaya, ganador del Certamen Literario de Letras Hispánicas «Universidad de Sevilla» (modalidad de novela);

y Rosario Muñoz González, jefa de sección del CICUS, actuando como secretaria del jurado.

Tras la oportuna deliberación, el jurado decide declarar ganadora a la novela *Cenizas*, de Damián Comas.

Sobre el autor

Nacido en 1984, Damián Comas es escritor y artista plástico. Doctor en Literatura, Master en Estudios Teóricos de Arte y Licenciado en Artes Visuales, trabaja como profesor universitario de literatura, dibujo y creación literaria. Galardonado en 2013 con el premio de novela en el XIX Certamen de Letras Hispánicas Universidad de Sevilla por su primera novela *Cenizas*, es autor de las novelas *Chatarra* y *Cloacas*, así como de tres guiones cinematográficos. Ilustrador de múltiples revistas y libros y creador de más de diez exposiciones individuales y colectivas, en este momento se embarca en la escritura de su cuarta novela mientras continúa con su producción plástica.

© 2014, Damián Comas

© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

ISBN ebook: 978-607-316-121-3

Conversión ebook: Alma María Díez Escribano

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y copyright. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

www.megustaleer.com.mx

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Cenizas](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Acta de la reunión del jurado del XIX Certamen de Letras Hispánicas](#)

[«Universidad de Sevilla», modalidad de novela.](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)